

GUILLERMO JOSÉ CHAMINADE

FUNDADOR DE LA FAMILIA MARIANISTA

CARTAS

TOMO TERCERO

(1831 – 1836)

**SERVICIO DE PUBLICACIONES MARIANISTAS
2014**

Título original: *Lettres de M. Chaminade, Fondateur de la Société de Marie et de l'Institut des Filles de Marie.*
Tome troisième (1831-1836)

Imprimerie Havaux, Nivelles (Belgique). 1930.

Edición: Diego Tolsada, sm

Traducción. Ignacio Otaño, sm

© **Servicio de Publicaciones Marianistas 2014**

ISBN: 978-84-288-2690-7

Impreso en UE /*Printed in EU*

© **Ágora marianista 2014**

ABREVIATURAS

Aut.: Carta autógrafa

Orig.: Carta original

AGMAR: Archivos generales de la Compañía de María

AGFMI: Archivos generales del Instituto de Hijas de María Inmaculada

N. A.: Nueva adquisición. A continuación lleva el número de referencia con el que aparece en el tomo VIII de la edición francesa de 1979 o en los dos primeros folletos del tomo IX (1986 y 2000).

S.: Carta omitida en 1930 y publicada en el tomo VIII de la edición francesa de 1979.

Si la carta aparece solo con un número, corresponde a la edición de 1930.

XIV

EL P. CHAMINADE EN AGEN.

EL CONFLICTO DE ST-REMY

ENTRE EL P. LALANNE Y EL SEÑOR CLOUZET

(Marzo de 1831 – Febrero 1832)

Instalado en Agen desde el 11 de marzo, el P. Chaminade continuó enseguida el diálogo con Saint-Remy, cuyos asuntos tomaban un cariz cada vez más inquietante.

En su último paso por Saint-Remy, el P. Chaminade había nombrado al P. Lalanne superior de la casa, dejando en el sr. Clouzet, como era razonable, la responsabilidad de los asuntos temporales con el título de jefe de trabajo. Además, a este último, como muestra de confianza, le había dado el cargo de Visitador de las casas del norte.

Esta organización, exigida por las necesidades de la obra, no iba a estar exenta de dificultades. Pronto surgieron malentendidos entre el P. Lalanne y el sr. Clouzet, a causa de los amplios proyectos de reorganización de la obra concebidos por el genio impaciente del director, y que el ecónomo, que estaba en vilo por los continuos llamamientos del P. Chaminade, se veía obligado a contrariar muy a menudo.

Del terreno de los hechos, la cuestión no tardó en pasar al de los principios: tanto el sr. Clouzet como el P. Lalanne reivindicaban sus derechos e incluso discutían los reglamentos de la Compañía de María, en los que pretendían apoyarse.

A estas razones de fondo se añadían, para agravar el conflicto, las oposiciones de carácter entre estas dos personalidades, muy religiosas sin duda, entregadas asimismo a la obra y unidas al Fundador, pero a veces también seducidas y arrastradas por el amor propio.

Para el P. Chaminade, este asunto constituyó durante dos años una pesada cruz y fue necesaria toda la paciencia, prudencia y afecto del Fundador para mantener los principios y unir las almas, como se verá siguiendo esta larga y dolorosa correspondencia, donde descuella su invencible fe en Dios y en la protección de María. Estas cartas, afortunadamente conservadas por sus destinatarios, fueron más de una vez para el P. Chaminade ocasión de expresar su pensamiento sobre el espíritu y el gobierno de la Compañía, y ofrecen por sí mismas un interés especial.

La primera carta, dirigida al sr. Clouzet, da detalles sobre la máquina-herramienta que el P. Chaminade había hecho construir en San Lorenzo y que el sr. Clouzet quería tener en Saint-Remy; insiste con renovado vigor en la situación crítica de la Compañía y el deber para todos de practicar una economía estricta.

583. Agen, 18 de marzo de 1831
Al señor Clouzet, Saint-Remy

(Orig. – AGMAR)

Estoy en Agen, mi querido hijo, desde el pasado día 11.

He recibido una copia de la carta que usted me escribió a Burdeos. Usted calcula en 250 francos el coste del viaje de los jóvenes que yo quería enviarle para todo el tiempo que podamos interrumpir aquí el funcionamiento de la máquina de quincallería.

Sobre esto, me hace diferentes observaciones: 1º que si usted no puede tenerlos más de tres o cuatro meses, e incluso un año, sería mejor no enviarlos; los gastos de la ida y la vuelta sobrepasarían la ganancia que resultaría de sus trabajos. – Yo había previsto esta dificultad; pero no me detiene, porque no está bien fundada: con todo, si continúa con la misma idea, habrá que hacer como si no hubiésemos dicho nada.

2º Usted insinúa que sería mejor instalar la máquina en Saint-Remy. – Se trató el tema cuando di la orden de suspender la fabricación y desmontarla, porque está hecha de manera que pueda ser desmontada, incluso la gran rueda: su estructura está formada por seis secciones. Varias razones me hicieron suspender e incluso abandonar definitivamente el proyecto de este transporte. En primer lugar, los gastos considerables que habría que hacer; solo la gran rueda pesa por lo menos doce quintales. Una segunda razón: los gastos que habría que hacer para construir un taller donde montar de nuevo esta máquina. Una tercera: lo que costará todavía acabar la confección. Una cuarta razón: las considerables deudas contraídas a causa de esta máquina, de las que 6.000 francos aproximadamente debían ser pagados con trabajos hechos con la ayuda de la máquina.

En cuanto a la cuarta razón, entiendo que usted podría responder diciendo que reservaría las ganancias de los trabajos para pagar las deudas. – Yo creo, mi querido hijo, que esa sería su intención, si usted lo dice; pero se podría temer que entonces otras ideas de mejora u otros buenos proyectos futuros le hiciesen perder de vista que estamos en tiempos de dificultades. Usted sabe el estado penoso en que estamos, sobre todo desde esta última Revolución, pero eso parece que no le preocupa mucho. Es una observación que hace el P. Caillet, al enviarme una copia de su última carta. Al salir de Burdeos, dije al P. Caillet que, de lo que encontrase en mi escritorio, diese 400 francos al tocinerero y 300 francos al carnicero, a cuenta de las grandes cantidades que se les adeudan. Si el P. Caillet lo ha hecho, quedarían 25 francos para mantener tres casas, etc. A este respecto, el P. Caillet me hace notar que usted no habla de enviarle nada para aquello de lo que él está encargado. Usted sabe que ha habido que hacer frente a 3.000 francos de déficit de Saint-Hippolyte, a 800 francos de otros déficits en Sainte-Marie-aux-Mines, etc.

Pero si la cuarta dificultad fuera superada, las tres primeras aparecerían con toda su fuerza. Se me ha dicho que los gastos de transporte no serían considerables, pero no se ha sabido decirme a cuánto ascenderían. Como ha podido ver, la máquina exige adiestrar al caballo; hemos encontrado, sin buscarlo, un caballo de talla media, de cinco años de edad, bien amaestrado, que no necesita de nadie que le mande. Al principio yo había accedido, mi querido hijo, a la fabricación de esta máquina con gran repugnancia; estuve más de dos meses rehusando mi consentimiento, y Seguin, así como el quincallero que tanto la pedía, me hacían ver la utilidad que tendría. Es fácil prever que, si funcionara habitualmente, podría mantener casi sola un Noviciado bastante numeroso, una vez pagadas las deudas.

Estoy muy contento, mi querido hijo, de que Saint-Remy sea cada vez más productivo; veré también con gusto el funcionamiento de un buen taller de herramientas agrícolas; no me desagradaría llevar allí la máquina de quincallería: pero no quisiera que todos los ingresos y beneficios fuesen empleados siempre para mejoras o ampliaciones y, menos todavía, que se pidiese prestado para hacer esas mejoras o ampliaciones –y tener que pagar además esos préstamos con todos los ingresos o beneficios que se obtuviesen. Como ya le he dicho, hay necesidad, y necesidad urgente, de que se ahorre en todas las casas, de que se hagan los menos gastos posibles, que se haga lo más posible por la Casa central, que no se olvide que es una obligación ante Dios, aunque, gracias a la Providencia divina, hasta el presente se haya mantenido todo. Quienes obligasen a Dios a hacer milagros para mantener una obra no serían menos culpables que si la obra no se mantuviese por no haberse interesado en ella.

Que la prudencia, mi querido hijo, presida todo lo que emprenda. Por haber calculado mal, se me había comunicado que este año todavía habría algún déficit en Saint-Hippolyte. Por las observaciones que hice y por los nuevos cálculos hechos por el sr. L. Rothéa, él ha visto que efectivamente podía obtener algún beneficio, y ya han podido asegurar 360 francos de honorarios de misas del P. Rothéa. Es extraño que en Saint-Remy, con dos o tres sacerdotes que ha habido habitualmente, no hayan aparecido nunca en las cuentas los honorarios de misas, como ha sido costumbre desde el comienzo de la Compañía.

Cuando haya recibido esta carta, habrá recibido sin duda los certificados de aceptación de los compromisos de sus tres jóvenes de Saint-Remy¹. El P. Caillet, para que lleguen lo antes posible, se los ha expedido inmediatamente desde Burdeos. – El P. Caillet me envía, por el correo de hoy, copia de la carta del sr. Rector de la Academia de Burdeos, por la cual se me remite, por orden del Ministro, cinco certificados que yo había pedido, que habían sido enviados al sr. Rector, pero que él no podía concederme más que con ciertas condiciones que yo no podía o no quería cumplir. La exigencia de estas condiciones es contraria a nuestros Estatutos. Escribí al sr. Ministro una carta bien razonada. Al mismo tiempo respondí, en otra carta, a las preguntas que él me había hecho sobre la Compañía. Estas cartas llegaron a París al mismo tiempo que esos grandes movimientos que tuvieron lugar durante tres días. La orden dada al sr. Rector es la respuesta. Nuestra nueva redacción de las Constituciones explicará el verdadero sentido de los Estatutos, y establecerá la relación exacta de los Estatutos con las Constituciones.

Esta carta es muy larga, a pesar de que estoy muy atareado, pero quiero que usted y los otros Jefes de Saint-Remy tomen la actitud que más conviene. Todo irá bien, si permanecemos fuertemente unidos entre nosotros, y sobre todo si permanecemos enteramente fieles a Dios, a quien hemos consagrado nuestra vida y nuestros trabajos.

No olvidemos además que tenemos en el cielo una poderosa Protectora, la Santísima Virgen; no olvidemos tampoco a San José, cuya fiesta vamos a celebrar.

Le abrazo con mucho cariño.



Pero la Universidad amenazaba de nuevo la existencia de Saint-Remy (véanse las cartas 575 y 577, en el tomo II). Con fecha del 16 de marzo, el Rector de la Academia de Besanzón escribía al P. León Meyer, titular del centro:

El señor Ministro de Instrucción pública me encarga de informarle que el Consejo real ha decidido que no procede otorgarle la autorización de enseñar la retórica y la

¹ Certificados de compromiso de diez años en la enseñanza, para conseguir la dispensa del servicio militar.

filosofía... El Ministro me comunica al mismo tiempo que... el plazo que le había sido otorgado para que se pusiera en regla con respecto a los títulos ha expirado... (véase carta 480, en *Cartas II*).

Al día siguiente, el P. Meyer firmó con el P. Lalanne un compromiso por el que le cedía la dirección de Saint-Remy, y los dos se prepararon a defender la causa de la Institución amenazada.

El P. Lalanne se proponía escribir al Minsitro:

Estoy en disposición de aceptar las leyes que se hagan sobre la enseñanza; mientras tanto, considerando todos los Estatutos y Reglamentos como abrogados por la carta de 1830, me atenderé a lo que esta misma Carta estatuye en uno de sus artículos suplementarios, que promete la libertad de enseñanza.

Al comunicar sus intenciones al P. Chaminade, el P. Lalanne añadía:

Habrá lucha y proceso. O ganamos, y esto significará un gran éxito; o perdemos, pero con una repercusión que equivaldrá a ganar la causa...

En ese mismo momento en París, Lacordaire, Montalembert y de Coux iban a entablar el famoso «Proceso de la Escuela libre»².

He aquí la respuesta del P. Chaminade.

584. Agen, 25 de marzo de 1831

Al P. Lalanne, Saint-Remy

(Orig. – AGMAR)

Su situación crítica, mi querido hijo, se agrava por el plazo demasiado corto que ha pedido para responder. Recibí ayer, día 24, su carta del 16, tras despachar el correo para el norte. Recibí al mismo tiempo una breve carta del P. Collineau. Me dice que le responda a usted; y como tiene mucha prisa para aprovechar el primer correo, solo me hace un análisis incompleto de la carta de usted y de la respuesta que él va a dar, reservándose el envío que me hará de ambas por el correo de Agen. Sea lo que sea:

1º Yo hubiera preferido escribir simplemente al sr. Rector que usted había recibido su carta y que iba a escribir a Su Excelencia, el sr. Ministro de Instrucción pública: cuando digo usted, quiero decir el P. Meyer. Es la decisión que tomo a la vista de las condiciones que él me imponía por mediación del sr. Rector de la Academia de Burdeos para la expedición de los certificados. No es el mismo caso, sin duda, pero se acerca mucho.

2º Hubiese estado bien, si hubiera habido posibilidad, ver en el intervalo al sr. Rector de la Academia de Besanzón y hablarle del error del Consejo real de la Instrucción pública; excusar amablemente la incomparecencia de usted para sufrir el examen de obtención del diploma de Maestro en letras y de Maestro en ciencias³: las excusas son muy naturales, etc.

3º Siempre me ha extrañado que usted no pueda obtener su Diploma de Institutor⁴ más que en París o Estrasburgo y no en Besanzón. Si es un hecho positivo, no tengo nada más que decir: pero he visto ir a Besanzón para obtener un Diploma semejante, necesario para

² Sobre el papel que jugó el P. Lalanne en estas primeras luchas por la libertad de enseñanza y sobre sus relaciones con la *Agencia general por la libertad de enseñanza*, véase *Apôtre de Marie*, XXIII, p. 51 y 89.

³ Se exigían entonces los dos bachilleratos a los Jefes de las Instituciones.

⁴ Es decir de Jefe de Institución.

ejercer algunas funciones. Cuanto más reacio es el Rector de la Academia de Besanzón, más hay que usar precauciones prudentes y rectas, para que comprenda que no se tiene absolutamente nada contra él.

4º Usted sabe sin duda que el sr. Barthe ya no es Ministro de Instrucción pública, sino de Justicia: le ha sucedido el señor de Montalivet. En todo caso, el P. Meyer podría escribir una carta al Ministro de Instrucción pública haciéndole ver el error que ha habido en los despachos del Consejo de Instrucción pública; excusándose [de no haberse] presentado al examen a causa del acuerdo que él debía acordar y de hecho había acordado con usted, etc.; que hace tiempo que el interesado estuvo a punto de salir para París; que [no había podido hacerlo] por los graves movimientos que tuvieron lugar en París, y [que] otras circunstancias importantes le habían demorado hasta este momento, pero que estaba siempre dispuesto a ir, a menos que Su Excelencia le permita tener su examen en Besanzón.

5º Hay que evitar entrar en lo que se puede llamar un proceso. Tanto por el viejo proverbio que el cántaro de barro no debe ir contra la vasija de hierro, como porque los jueces, a mi parecer, son juez y parte, y que hay infinidad de leyes universitarias que no han sido propiamente revocadas y que es muy difícil, por mucha atención que se ponga, no cometer algún error. Además, el P. Meyer debe manifestar expresamente la sumisión de él y de usted a las leyes.

6º Si usted tiene en París alguien capaz de apoyar su causa, podría enviarle una copia de la carta que el P. Meyer escribirá al sr. Ministro de Instrucción pública y pedirle que vea qué es mejor. El asunto es muy sencillo y de buena solución si no se envenena y no se enreda con incidentes lamentables.

¡Todo está además en las manos de Dios y de la Santísima Virgen, cuya protección es bien visible!

Iba a escribirle cuando llegó su carta; la adjunta, que escribí al P. Bardenet, estaba ya dictada cuando recibía la de usted: tenga la bondad de acabar de poner la dirección y apoyarla si es necesario. Me detengo aquí por falta de tiempo, y le abrazo con mucho cariño.



El P. Lalanne ha salido para París: durante su ausencia, el P. Chaminade continúa la conversación con el señor Clouzet.

S. 584 bis, Agen, 29 de marzo de 1831
Al señor Clouzet, Saint-Remy

(Orig. – AGMAR)

Recibí ayer, mi querido hijo, una carta del P. Lalanne escrita en Besanzón el pasado día 21. Me escribe rápidamente; siguiendo los consejos que usted había recibido en Besanzón, que le parecieron muy atinados, los mismos que le dio también el Rector de la Academia, salió al día siguiente para París. Añade que mi respuesta a la primera carta que él me escribió sobre este asunto le sea enviada a París y me pide que le escriba y le dé mis recados, pero no me da su dirección en París. Como no sé dónde irá a parar, no he querido escribir una carta al azar; sin embargo, he escrito esta mañana al sr. caballero de Rubelles, que tiene interés en hablar con él, que trate de enterarse dónde reside. Yo le he indicado las Misiones extranjeras, el sr. Conde de Noailles y algunos antiguos miembros del Consejo real de instrucción pública. El sr. de Rubelles no vive ya en la dirección que yo había enviado al P. Lalanne, su nueva dirección es sr. Cart, calle de Clery nº 14 (preguntar por el señor Adolfo). Creo que usted sabe la dirección del P. Lalanne en París. Quizá él se haya dado cuenta de que no me la envió en su carta de Besanzón y ya me la habrá enviado y, por tanto, estará de camino. Cuando el pasado año fue a

París, no me dijo nunca dónde residía. Yo imaginé que estaría en casa del sr. O'Lombel y le escribí allí.

En lugar de una respuesta, hay dos que van corriendo por ahí; la primera quizá haya llegado; el P. Lalanne me escribió por duplicado; una me fue dirigida a Burdeos y la segunda a Agen. Vista la urgencia, el P. Collineau respondió enseguida y me avisó tanto de la carta como de lo que él iba a responder, pero muy sucintamente por falta de tiempo. Al día siguiente, recibí copia de la carta y de la respuesta. El mismo correo que me trajo la primera comunicación del P. Collineau, me trajo la carta que el P. Lalanne me había dirigido a Agen. Yo le respondí enseguida como si no supiese que el P. Collineau le había ya respondido. Sin censurar la mala manera con que el P. Lalanne iba a abordar el asunto, yo le indicaba lo que me gustaría que hiciese. Mis consejos no diferían de los que usted ha recibido en Besanzón para que escribiese directamente por el P. Meyer al s. Ministro de Instrucción pública. Yo le aconsejaba ir a ver al sr. Rector de la academia; no me atrevía a aconsejar el viaje a París a causa de las revueltas tan frecuentes que hay en la capital, pero ahora hay alguna esperanza de que, por el cambio de Ministerio, habrá menos desorden y confusión, al menos durante la estancia que se vea obligado a hacer allí y que debe ser lo más corta posible. Pienso que habrá aducido su acuerdo con el P. Meyer para ser admitido. Esto es lo que importa. Si no puede pasar inmediatamente un examen para tener su diploma de Jefe de institución, que consiga una moratoria razonable y, si es posible, el permiso de pasar este examen en Besanzón. Sería muy enojoso tener que hacer una larga estancia en París, o verse obligado a volver en un corto espacio de tiempo. El P. Lalanne me pide una carta de recomendación para el sr. conde de Noailles, diputado: no puedo hacerlo porque no tengo la dirección del P. Lalanne, pero seguro que será bien recibido si va a verle de mi parte. Su dirección es Plaza del Palacio Borbón nº 95. Es la misma donde el P. Lalanne debió ir a verle al salir con usted de Burdeos. El P. Lalanne fue a su casa pero no lo encontró y dejó mi carta sin dejar su dirección, es lo que el sr. conde me ha hecho notar, pero casi un mes después, cuando me ha respondido, en espera siempre de que el P. Lalanne se volviese a presentar en su casa.

Si el P. Lalanne tuviese necesidad del apoyo de dos abogados distinguidos en París, el sr. Berryer padre y el sr. Berryer hijo, actualmente diputado, el sr. de Noailles conoce particularmente al sr. Berryer padre y el sr. Berryer hijo, actualmente diputado, sobre todo al diputado. Estos señores pondrían sin duda todo su interés en complacer al P. Lalanne. Tengo un asunto importante de interés y dinero con el sr. Berryer padre y el sr. de Noailles acepta ser mi procurador autorizado. Iba a escribir a Burdeos al encargado de los asuntos del sr. de Noailles para tener noticias. Me encuentro en necesidad urgente; necesitaría anticipos, por módicos que fuesen; que me paguen al menos los intereses del capital vencidos el pasado 1 de enero. Habría informado de todo este asunto al P. Lalanne si hubiese tenido su dirección, pero al menos cuando usted reciba una carta le podrá informar. Le escribí a usted últimamente una larga carta. Supongo que la respuesta estará ya en el correo. Aunque esté muy atareado, no dejo de abrazarle con mucho cariño.



585. Agen, 10 de abril de 1831
Al señor Clouzet, Saint-Remy

(Orig. – AGMAR)

En Agen, donde todavía me encuentro, he recibido, mi querido hijo, su carta del pasado 31 de marzo, con el cheque de 250 francos: lo he ingresado enseguida y lo he reenviado a Burdeos.

Al mismo tiempo he dado la orden de que vayan ahí los tres mejores cerrajeros, que son los srs. Seguin, Étignard y Pesant. Es posible que próximamente le envíe otro grupo: pero

precisamente Saumade, que es muy valioso para trabajar a las órdenes de un maestro, acababa de caer enfermo de sarampión. Los otros dos son demasiado jóvenes para enviarlos solos. También el carpintero, aunque es un muchacho que vale mucho, me parece demasiado joven. Ya veré cuando Saumade se recupere: porque no parece que sea maligna la enfermedad y está siendo bien tratado. Saumade, además es buen barnizador; sabe cortar y colocar los marcos de los cristales: tiene su diamante. Ya tengo ganas de que trabaje ahí.

Me sorprende de que usted se extrañe de que no hayan llegado a Saint-Remy para las fiestas de Pascua y de que usted se hubiese apresurado a anunciarlos para esa fecha. Yo le había dicho —es verdad— que no podíamos anticipar nada respecto al viaje, después [acuérdesse usted] de las reflexiones que usted hizo que, si no permanecían un año en Saint-Remy, no ganarían lo que costaría la ida y vuelta.

Si usted hubiera sido más claro, usted o nosotros habríamos ganado alrededor de un mes de trabajo.

Ya sé que en Saint-Remy los ingresos resultan difíciles de conseguir, como sucede poco más o menos en toda Francia; pero nosotros no solo tenemos dificultad para algunos ingresos, sino que hay disminuciones muy considerables [de recursos], como por ejemplo en Agen; hay también pérdidas considerables. Anteayer me enteré de la pérdida de alrededor de 10.000 francos en Alsacia, etc., etc., etc. No le explico las causas particulares: la general es la Revolución, y solo ella. A pesar de ello, todo va bastante bien, todo se mantiene, gracias a la protección visible de la Santísima Virgen.

Si le he hablado con cierta severidad de economía y de comedimiento, es porque debo hacerlo sin duda en todo momento, pero sobre todo en los tiempos críticos en que vivimos, para no tentar a la Providencia. En el mundo, hasta las personas más acomodadas se imponen privaciones. Si aquellos con quienes usted vive y debe hacer vivir no lo comprenden, ¿por qué no se lo hace comprender con suavidad e insinuando, etc.?

Por la P. D. de su breve carta, parece que el P. Lalanne había ya vuelto de París a Saint-Remy, lo cual me sorprende: ¿por qué es usted tan lacónico? ¿Por qué no decir una palabra de bien o de mal? Tres cartas han tenido que llegar a Saint-Remy desde el asunto que surgió sobre el Diploma de Institutor: dos dirigidas al P. Lalanne, la primera escrita de Burdeos por el P. Collineau, la segunda que yo le he escrito de Agen, y la tercera dirigida a usted también de Agen.

¡Que el Señor, mi querido hijo, se digne derramar sobre todos ustedes abundantes bendiciones! Espero que lo hará: pero ¡que él sea servido en espíritu y en verdad!



586. Agen, 15 de abril de 1831
Al P. Lalanne, Saint-Remy

(Orig. – AGMAR)

Su [pronta] vuelta a Saint-Remy me ha consolado, mi querido hijo, y edificado al mismo tiempo. Si estuviese persuadido de los vivos sentimientos de cariño e interés que le tengo, me habría escrito al llegar a Saint-Remy, e incluso al dejar París. Supongo que habrá ido a ver al sr. Rector de la Academia de Besanzón, aunque no me lo diga en la carta: esta cortesía tiene, en esta ocasión, el carácter de un deber.

Su petición a la Universidad, mi querido hijo, me parece oportuna. Las circunstancias son bastante favorables: la Universidad, como sin duda usted sabe, se encuentra en una situación sumamente delicada; se trata de nada menos que de un millón y varios centenares de miles de francos de sus percepciones anuales de los alumnos de los internados y los colegios.

No me dice si se ha visto con el sr. de Montalivet, actual Ministro de Instrucción pública. Si no lo ha hecho, seguro que habrá tomado algún medio para que él sepa que usted lo hubiese deseado, pero que Su Excelencia estaba demasiado ocupado en asuntos más importantes.

La indecisión del sr. de Rubelles no me extraña. No sabe todavía lo que es obedecer a la gracia. No puedo tomarlo como Secretario, tal como él es, y sobre todo en los tiempos críticos en que estamos y que pueden llegar a serlo cada vez más.

Sobre las dos peticiones, mi querido hijo, a las cuales usted piensa que no he respondido, en realidad solo se me ha hecho una: la de la necesidad que [usted tenía] de algunos sujetos para remplazar a auxiliares de los que no estaba usted contento. – Recuerdo que no respondí: 1º porque ya había respondido varias veces a una petición semejante, y usted podía ver fácilmente que nuestra situación, lejos de mejorar, se iba agravando; 2º porque no dejo de recomendar constantemente a todas nuestras obras que vayan siempre de la misma manera, que no hagan nada novedoso que pueda atraer la atención sobre ellas: por tanto, no permito más cambios que los indispensables.

Hará bien usted, mi querido hijo, en seguir el mismo camino. No es poca cosa saber tener paciencia, saber cerrar los ojos en algunas ocasiones. A menudo, en una Revolución se soportan cosas que no se soportarían en otro momento: pero no quiero decir con esto que no se deban frenar los desórdenes y abusos, en la medida en que puedan permitirlo la cordura y la prudencia.

En cuanto a la segunda petición, no me ha sido hecha: al menos yo no la recuerdo. Me parece que el sr. Clouzet me había hablado de la entrada de los tres candidatos de los que usted me habla, pero nunca de una manera clara [preguntándome] si yo quería y podía recibirlos como novicios. Finalmente, usted los ha recibido y colocado en el Noviciado de pleno ejercicio que acaba usted de constituir en Saint-Remy, y al que ha dado un Reglamento adecuado: le agradeceré que me haga llegar una copia de ese Reglamento.

Las tres últimas líneas de su carta, mi querido hijo, me sorprenden y me afligen. Me dice que Saint-Remy no va bien, que el sr. Clouzet le pone obstáculos, que mis relaciones con él alimentan su independencia. Expresiones tan generales y tan vagas son igualmente injuriosas para el sr. Clouzet y para mí. – Si el sr. Clouzet no se comporta como verdadero religioso y desedifica en la obra, ¿por qué no concreta algunos detalles? Supongo que sus negligencias serán anteriores a las amables y vivas observaciones que usted le habrá hecho. – ¿Cómo puede usted suponer que mis relaciones con él alimentan sus desórdenes y su independencia? Si me considera capaz de ello, no será difícil convencerle de su error. Mi correspondencia con él no tiene otro objeto, ordinariamente, que hacerle conocer sus deberes en todos los órdenes. Él debe estar sometido a usted enteramente en el cumplimiento de todos sus deberes, y usted es su Superior para hacérselos cumplir estrictamente. Si los conoce mal, habría que ver si es por ignorancia o por un malentendido; explicárselos entonces, y si él no acepta las explicaciones que usted le da, avisarme. Confío en que, si usted toma al sr. Clouzet como conviene, le hará entrar rápidamente en las hermosas vías de la religión, de la virtud y de la sumisión de la que se hubiera desviado.

Esta vez, mi querido hijo, no dirá que no he respondido, y enseguida, a *toda* su carta del pasado 6 de abril, cuya copia me ha sido enviada a Agen.

No me queda más que abrazarle, lo que hago con mucho cariño.

P. S. Al responder a la carta que me comunicaba el importante asunto, le hice llegar una que yo acababa de escribir al P. Bardenet. Le pedí a usted que se la entregase o la hiciese llegar apoyándola en la medida de lo posible. Supongo que la habrá recibido.

Hace poco escribí al sr. Clouzet diciendo que había dado la orden de que saliesen para ahí los srs. Seguin, Étignard y Pesant, que se les proporcionase sus pasaportes, que suponía que estarían en regla para cuando se les fuesen requeridos. Acaban de comunicarme que precisamente el sr. Seguin no está en regla, pero que se tomarán todos los medios para

ponerlo en regla. Que el sr. Clouzet no sufra si hay algún retraso. Hace ya cinco o seis semanas que están dispuestos a salir en cuanto reciban la orden.



Mientras tanto, una palabra al sr. Perriguet, que seguía pidiendo su cambio.

587. Agen, 15 de abril de 1831
Al señor Perriguet, Besanzón

(Orig. – AGMAR)

He recibido en Agen, mi querido hijo, la carta que usted me escribió el pasado día 4 en Burdeos. Me sorprende mucho que me diga que no recibió respuesta a la última carta que me había escrito: tengo la seguridad moral de haber respondido a todas sus cartas. Me sorprende todavía más que cada día que pasa en la casa de Besanzón sea para usted una carga insoportable –tal como usted lo dice–, tan grande es el sentimiento de sus miserias. Y ¿cree, mi querido hijo, que saliendo de Besanzón se verá liberado de la pesada carga de sus miserias? Como está dentro de usted, la llevará a dondequiera que vaya, y sería de lamentar que intentase liberarse de ella sin reparar en medios. Es una gracia que Dios le hace [y] el sentimiento que usted tiene, lejos de hacerle culpable, no hará más que purificarle. Si quiere llevarla debidamente, únase a Nuestro Señor Jesucristo, que ha llevado esa misma carga con las de las miserias de todos los pecadores. El Espíritu de Jesucristo le animará y le fortalecerá, y él le hará encontrar dulce y ligero lo que usted considera muy amargo y pesado.

Tiene razón en creer, mi querido hijo, que si usted hubiese llegado a Burdeos, yo le habría recibido, porque sus intenciones son buenas, aunque haya también parte de ilusión.

¿Por qué no permanece tranquilo, puesto que está donde Dios le quiere y donde, por tanto, encontrará su santificación? Yo no pensaba realmente cambiarle, mientras estemos en la Revolución. En el tiempo crítico en que nos encontramos, no hago más cambios que los indispensables. Sin embargo, voy a escribir al señor Bousquet⁵. Si él juzga que el cambio será útil para su santificación, tomaré de inmediato las medidas necesarias para ejecutarlo.

Le abrazo con el gran cariño de siempre.



588. Agen, 30 de abril de 1831
Al P. Lalanne, Saint-Remy

(Orig. – AGMAR)

Por su última carta, mi muy querido hijo, del pasado día 19, que usted me escribió de Burdeos, y cuya copia me ha llegado a Agen, deduzco que no había recibido mi respuesta, y que mis cartas, por Agen, parece que le llegan más tarde o que hacen alguna pausa en Vesoul: sería una cosa a observar. Ordinariamente yo respondo a sus cartas en el intervalo de un correo a otro.

Desde el pasado día 18, han aumentado las dificultades para el envío de sujetos, sobre todo para las Escuelas normales. El 18 de abril, día destacado por las discusiones de la Cámara de los Pares, apareció una Ordenanza que obliga indistintamente a todo Institutor primario,

⁵ Director del orfanato de Besanzón.

cualquiera que sea, a tener que pasar un examen, ante las personas que serán designadas, para conseguir el diploma de capacitación. Se ha observado que esta Ordenanza estaba dirigida contra los Hermanos de las Escuelas cristianas: se puede creer que afecta también a los Hermanos de las demás Instituciones. Hoy he escrito a Burdeos los principales motivos que me moverían a escribir al Ministro de Instrucción pública directamente, para exponerle los grandes inconvenientes que resultarían si se ejecutase esta ley sin excepciones, sobre todo para las Escuelas normales. Tomaré inmediatamente una decisión.

No he pensado nunca hacer que usted acumulase títulos que tendrían un efecto en la orden de las Administraciones⁶, pero, como ha podido comprobar, yo no tomo mi decisión más que cuando veo que no puedo diferirla más. Si el P. Chevaux no puede ser aceptado como Jefe de la Escuela normal y usted ve que hay alguno suficientemente maduro como para pasar un examen para obtener un diploma de capacitación de primer grado, le agradecería que me lo indicase. Difícilmente podré encontrar un sujeto capaz de ser Jefe de la Escuela normal y que, al mismo tiempo, domine, en el primer grado, todas las partes de la enseñanza primaria: que fuese, por ejemplo, Maestro escritor. La misma dificultad vamos a tener en Courtefontaine. Pero ¡basta a cada día su propio afán!

En cuanto a los Consejos generales de los Departamentos, nada impide continuar seguir pidiendo [las ayudas] que concedían, tanto en Besanzón como en Vesoul, a los candidatos de la Escuela normal de Saint-Remy. [Esta Escuela normal] es legal y reconocida por la Universidad; siempre ha sido inspeccionada como tal por los Rectores de la Academia de Besanzón y por Inspectores generales enviados expresamente por el Ministro de Instrucción pública, señor Vatimesnil. El mismo Ministro ha creado becas y semibecas, también para Courtefontaine. Las de Courtefontaine se han pagado este año por la simple petición del Capellán del centro, y siempre me ha extrañado que Saint-Remy no haya pedido [el mantenimiento de] sus becas. El sr. Prefecto del Jura ha dicho este invierno que quería apoyar la obra de Courtefontaine y que hablaría de ello en el Consejo general que iba a tener lugar. Voy a escribir sobre este asunto.

Tengo otro problema con la Ley de la Guardia nacional. Todos nuestros jóvenes de la Compañía que no son eclesiásticos pueden ser llamados, y en San Lorenzo ya han estado para tomar sus nombres y apellidos. Hasta el momento no veo otra cosa mejor que escribir al sr. Ministro del Interior.

Es de suponer que cuanto más avancemos, los problemas aumentarán. ¡Dios sea bendito! Hagamos todo lo que podamos para servir al bien y hacerlo servir, procuremos no hacer imprudencias y mantengámonos tranquilos. Yo creo que, en general, debemos remover pocas cosas, no hacer más que los cambios indispensables y limitarnos a mantener lo que existe y de la misma manera que antes de la Revolución. En alguna parte se habla del tiempo de la paciencia de los santos⁷: no sé si estamos en ese tiempo; pero ¿qué riesgo se corre si se toma como tal?

Usted termina su carta, mi querido hijo, con estas expresiones: «Tengo la mente fatigada y el corazón triste». – Con eso me da a entender la relación que hay entre la fatiga de su mente y la tristeza de su corazón, y que la fatiga de la mente está producida, en gran parte al menos, por la tristeza del corazón. Esta pequeña apertura de su alma me ha hecho un poco más libre en la respuesta que acabo de darle. No debemos cansarnos de escribirnos, sobre todo en los tiempos críticos en que estamos. Le abrazo cada vez con más cariño.

P. S. Tengo que escribirle inmediatamente para otros asuntos a usted o al sr. Clouzet, a quien saludo cordialmente.

⁶ A los ojos del Gobierno. Se trataba sin duda de colocar al P. Lalanne al frente de la Escuela normal al mismo tiempo que del internado de secundaria.

⁷ [Ap 14,12].

Se habrá notado la delicadeza de estas últimas líneas, destinadas a provocar en el P. Lalanne una mayor apertura: nada de preguntas, nada de reproches; el P. Chaminade espera pacientemente el momento de la gracia... Y ese momento estaba todavía lejos...



589. Agen, 7 de mayo de 1831
Al señor Clouzet, Saint-Remy

(Orig. – AGMAR)

Hemos creído, mi querido hijo, deber enviar [a Saint-Remy] al sr. Pelleteret⁸. Nos duele de corazón, pero su cabeza, siempre distraída, le impedía, por una parte, aprovechar en sus estudios y, por otra parte, progresar en la virtud, sobre todo en la virtud de religión. A la altura del año en que estamos, no ha hecho nada en física, clase que seguía en el Seminario mayor desde principios del pasado noviembre; le pasó lo mismo el año pasado en lógica; casi lo mismo el año anterior en retórica en el Colegio [real]. Por lo demás, exteriormente es bastante regular; reconoce su mal; ve las cosas como son; no ha murmurado por su desaprobación: solamente ha pedido que se le ponga a servir o a trabajar la tierra. No hemos creído conveniente ponerle en el servicio en el internado [Santa María], donde era conocido hace cuatro años como estudiante, y estudiante de buena ley; no hay trabajo de agricultura en San Lorenzo: él ha pedido ir a Saint-Remy. Le he autorizado a presentarse ahí, y [le he dicho] que escribiría a su favor, pero que no podía de ninguna manera liberarle de la obediencia. Vea, con el P. Lalanne, si puede probar con él o como profesor o como agricultor. Por lo demás es muy dócil y lo que se llama un auténtico buen muchacho. Salió hace tres o cuatro días, solo, a pie, con un pasaporte para Vesoul.

Otros dos sujetos han debido de salir ayer o anteayer, el señor Étignard y nuestro joven carpintero. – El sr. Étignard está todavía lejos de ser un maestro cerrajero: pero le será muy útil; está muy inclinado a la mecánica; es fuerte y mañoso. – El joven carpintero, aunque haya hecho su aprendizaje, es flojo para la carpintería: se ha fortalecido un poco en San Lorenzo, especialmente bajo el mando del sr. Étignard que le dirigía en los trabajos más difíciles. El sr. Bousquet me pide que le envíe un carpintero para remplazar al que ellos tienen, que es ajeno a la Compañía: no creo que pueda ser ahora jefe de taller; pero quizá podría llegar a serlo. Es un joven muy amable, muy dócil, y realmente piadoso. Me gustaría que de primeras se le pusiese en Besanzón; pero haría falta que se mantuviese todavía al anterior jefe: se dice que usted tiene dos que son hermanos, y que uno de los dos es muy competente. Respondo por este mismo correo al sr. Bousquet.

El sr. Seguin está en todo momento dispuesto a marchar. Se esperaba conseguir el permiso de la autoridad civil, cuando un nuevo incidente hace desesperar o al menos temer mucho. Parece que quieren llamar para la Guardia nacional a los jóvenes de San Lorenzo; han tomado sus apellidos, sus nombres, su edad; [les han preguntado] si habían servido o habían estado exentos, etc. Estamos a la espera de nuevas decisiones para presentar nuestras reclamaciones y para escribir al sr. Ministro del Interior, si no se acogen favorablemente.

Adjunto una obediencia de Jefe de la Escuela normal para el P. Chevaux. Por la ley del pasado 18 de abril, todo Institutor, para obtener un certificado de capacidad, debe pasar un examen ante quien tiene derecho; pero como la ley no habla de los Institutores que, [como] los de la Compañía de María, han sido expresamente eximidos de estos exámenes y que, en razón de su obediencia, debía serles expedido el certificado de capacidad, no creo que yo deba

⁸ Sr. Pedro Pelleteret. Véase la carta 438, en *Cartas II*.

adelantarme y escribir al sr. Ministro de Instrucción pública y de Cultos. Si surgen dificultades, habrá que avisarme enseguida con los detalles convenientes. – Si le pidiesen al P. Chevaux someterse a un examen, haría bien en hacerlo, para las partes de la enseñanza primaria que le son más familiares; él declararía que, para los Maestros de escritura, está seguro de necesitarlos, etc.; que no se puede elegir, para Jefe de una Escuela tan importante, a jóvenes que han sido formados únicamente en la enseñanza primaria, incluso de primer grado, y que, además, no tendrían la suficiente autoridad como para infundir respeto a los candidatos de una Escuela normal, etc.

Se sobreentiende que usted comunicará este punto de mi carta al P. Lalanne, e incluso hará bien en comunicarle toda la carta. Entre ustedes dos debe reinar una gran compenetración. Espero de inmediato una amplia carta de usted. Parece que teme siempre ser demasiado largo en sus cartas; omita detalles que sería útil conocer, sobre todo en nuestra situación.

El P. Lalanne ha debido recibir una carta que le escribí últimamente, en respuesta a la que él me escribió hace pocos días. Salúdele de mi parte; salude también a todos mis hijos de Saint-Remy y reciba usted mismo el primero, mi querido hijo, mi cariñoso abrazo.



Ganado por los modos llenos de delicadeza del P. Chaminade, el P. Lalanne se ha decidido a hablar y formular sus quejas contra el sr. Clouzet. De ahí la siguiente carta del P. Chaminade.

590. Agen, 10 de mayo de 1831

Al P. Lalanne, Saint-Remy

(Orig. – AGMAR)

He recibido, mi querido hijo, su carta explicativa del pasado 25 de abril, que me ha afligido el corazón. Aunque no se trate de relajación y de desórdenes en la conducta del sr. Clouzet, hay, según la carta de usted, una inmoralidad⁹ cristiana y religiosa que debe ofender a Dios.

Es claro que hay una especie de independencia en el Oficio de ecónomo que él tiene que cumplir, en el de controlador y administrador de la propiedad de Saint-Remy: pero ninguno de esos títulos le hace Superior ni le da autoridad sobre usted. Admitir a los sujetos, a menos que sean destinados al trabajo¹⁰, probarlos, seleccionarlos, es competencia del Superior. La distribución de los empleos es igualmente competencia del Superior.

La alimentación debe ser buena y sana: el pan de buena calidad: su blancura no siempre se puede escoger; depende a menudo del trigo y de la tierra en que crece. El aumento del precio de la pensión puede no ser motivo suficiente para mejorar la alimentación en proporción al aumento: este año ha habido un aumento general en el precio de los productos; ya el pasado año hubo un gran aumento de gastos en alimentación.

En el antiguo y en el nuevo régimen¹¹, he encontrado muy pocas comunidades en que no se quejasen de los síndicos: sin embargo, he visto que eran muy estimados por aquellos mismos de los que se quejaban o se habían quejado. En mi opinión, es el Oficio más

⁹ El P. Chaminade quiere decir simplemente: una ausencia de perfección moral.

¹⁰ Sobre este punto concreto, véase la precisión dada en la carta siguiente, en el punto 3º.

¹¹ Antes y después de la Revolución.

desagradable que se puede ejercer en una comunidad: a veces se precisa una gran virtud y fortaleza de alma para ejercerlo a conciencia¹².

He visto algunas comunidades en que el título de Superior se guardaba para el antiguo: había que aclarar a la puerta si era el Superior antiguo o el nuevo con quien se quería hablar; pero no he visto donde el antiguo pretendiese dominar al nuevo.

Si desde Burdeos se ha escrito al sr. Clouzet: «Usted deberá ver *con los otros Jefes* lo que tiene que hacer», es porque había alguna duda sobre el punto que se trataba y era bueno tratarlo en el Consejo. Si el sr. Clouzet ha tomado esta expresión como un reconocimiento de que él era el Superior, y completamente independiente del Superior actual de Saint-Remy, está en un gran error: nunca ha sido esa la idea de Burdeos.

Él ha cometido también un gran error no dejando que los religiosos sirvientes sean considerados como domésticos, como usted los había declarado para eximirlos del servicio de la Guardia nacional. Ha hecho una función real de Superior, aunque hubiese podido y quizá debido advertirle a usted en particular que hay muchas dificultades en hacerles figurar como tales. Usted habría hecho bien en decirme detalladamente lo que ha pasado en Saint-Remy cuando se ha hecho la petición de inscribir a los que podían hacer el servicio de la Guardia nacional. El mismo caso se ha dado para nosotros en San Lorenzo, como creo que ya se lo he dicho en una de mis últimas cartas.

Me señala el principio del mal, y eso está muy bien: no se puede curar un mal si no se conoce la causa. Me dice: «El señor Clouzet está persuadido de que él no es menos Jefe en su Oficio de lo que yo lo soy en el mío; que, no obligándole a mí su obediencia, no es a mí a quien tiene que rendir cuentas, e incluso que, habiéndosele conferido el Oficio bajo su responsabilidad personal, tiene el derecho de obrar sin consultar mis intenciones, cuando las supone perjudiciales para su Oficio, y de rechazar mis órdenes cuando él no las aprueba y de oponerse a ellas si yo insisto».

1º Observo, en este pasaje de su carta o exposición del principio del mal, que efectivamente, incluso si su título de Oficio fuese tal como él lo ha entendido, no podría nunca inferir de ello ningún otro tipo de superioridad, lo que sin embargo parece hacer, según lo que usted me ha dicho más arriba y según lo que acabamos de señalar, y eso ya le quitaría la razón.

2º En cuanto al principio mismo, está enunciado de manera equívoca. Cada parte de un conjunto ocupa realmente su puesto como el conjunto ocupa el suyo. El coronel de un regimiento es tan realmente coronel como el mariscal de campo es mariscal de campo. El coronel no recibe su título del mariscal de campo. Los oficiales inferiores deben estar siempre sometidos al Oficio superior; el Oficio superior tiene siempre el derecho de hacer rendir cuenta al inferior de la manera como ejerce su Oficio. Es verdad que el Oficio superior no puede cambiar arbitrariamente el modo de hacer del Oficio, salvo casos imprevistos y tan apremiantes que no se pueda recurrir al que ha dado el título.

Para que todo esté en orden, dentro de unos días escribiré al sr. Clouzet. Le explicaré de nuevo su Oficio y le enviaré a usted copia de mi carta, para que pueda mantener a todo el mundo en orden y subordinado. La prudencia, la bondad y la humildad, que han caracterizado en el pasado la conducta de usted con el sr. Clouzet, me aseguran que usted obrará con él como recomienda San Pablo: [*Cuida del rebaño, no como dominador...*]¹³.

Me he escrito con él para los asuntos relativos a su Oficio: me ha parecido que eso era lo más natural. Por ejemplo, el sr. Clouzet me pedía siempre al sr. Seguin, y varias veces también usted me lo ha pedido. Ante la última petición que él me hizo, pensé que era prudente suspender el funcionamiento de la máquina de quincallería. Vi entonces el medio de enviarle no solo al sr. Seguin, sino a varios obreros de la cerrajería: se los ofrecí con ciertas condiciones, respondiendo a su carta. – Es justo que, aunque sea Jefe de trabajo, no emprenda

¹² El P. Chaminade hablaba por experiencia.

¹³ *Non tanquam dominantes in clericis* [(1 Pe 5,3)].

nada nuevo sin tener el consentimiento de usted. Es también muy conveniente que yo no ordene nada nuevo e incluso que no permita nada nuevo, de cierta consideración, sin tener el parecer motivado de usted.

Me dice, mi querido hijo: «Usted ha empezado por exhortarnos a entendernos; creo que se supone que de igual a igual». – La igualdad que hay que suponer es la igualdad en los puntos de vista y en los sentimientos, en una palabra igualdad de objetivo: esa igualdad es la que apoyo, aunque las distintas responsabilidades no hagan igual el tipo de contribución a aportar para llegar al mismo fin.

Más adelante, usted añade: «En la siguiente carta, usted nos clasifica en una sola categoría a todos los que comemos el pan en Saint-Remy, a saber, *los que viven con* el señor Clouzet y que *él hace vivir*». – No puedo responder a este pequeño punto porque no recuerdo en absoluto lo que he podido decir en esa carta, ni con qué motivo, y las expresiones a que usted se refiere no son suficientes para recordármelo. Como ya le he dicho, desde hace tiempo no guardo copia de las cartas que escribo. Sin embargo, voy a hacer sacar una copia de esta, por si no bastan las breves explicaciones que le doy.

Usted preferiría sufrir en silencio todos los sinsabores que experimenta más que explicarlos. – Yo debía pedir[le] esas explicaciones, y usted ha hecho bien en hacerse violencia para dármelas. El sr. Clouzet no es en absoluto el Jefe de la obra de Saint-Remy y no debe pretender ejercer la autoridad como si lo fuese. Solo usted es el primer Jefe y debe ser reconocido como tal. El sr. Clouzet lo ha sido antes que usted; él ha abierto paso, por así decirlo; él ha actuado como ha podido y ha sabido; ha conseguido resultados en un tiempo muy difícil. Seguro que usted reconocerá que él merece atenciones, y cuando, al principio, yo le invité a usted a que se entendieran los dos, no creía obrar mal, y ahora mismo no creo que haya obrado mal.

No dudo, mi querido hijo, que usted en su situación tendrá muchos motivos para ejercitar la paciencia: voy a tratar de disminuirlos en la medida de lo posible; por eso, escribiré dentro de unos días al sr. Clouzet. Será dentro de algunos días, para que él no atribuya a quejas las instrucciones que yo pueda darle. Esas instrucciones quizá al principio no sean suficientemente detalladas: no conseguiría más que desconcertarle si no preparase su alma, si tomase el tono de un Superior más que el de un amigo y de un padre. No conozco situación más difícil que la de un Superior, sobre todo cuando sus actos de superior deben influir en la salvación de las almas.

A usted le parece, mi querido hijo, que los sentimientos intensos y de cariño que le manifiesto excluyen el de confianza. No, mi querido hijo, no lo excluyen; ese sentimiento de confianza está completamente en mi corazón, incluso aunque no lo exprese verbalmente o por escrito. A su vez, este sentimiento vivo y sincero no excluye el sentimiento de confianza desde otro punto de vista que pueda yo testimoniar tanto al sr. Clouzet como a otros Jefes.

Con todos esos buenos sentimientos, mi querido hijo, le abrazo y le deseo la paz del Señor.



Aprovechando la primera ocasión que le proporcionan los asuntos corrientes, el P. Chaminade da al sr. Clouzet, con su delicadeza habitual, las instrucciones anunciadas en la carta anterior, y se las hace llegar por medio del P. Lalanne.

591. Agen, 27 de mayo de 1831
Al señor Clouzet, Saint-Remy

(Orig. – AGMAR)

Al mismo tiempo que le anunciaba, mi querido hijo, el envío del sr. Étignard, le anunciaba la ida de un joven carpintero. El mismo día escribí al P. Caillet que hiciese salir a los dos. Llegó mi carta, pero el P. Caillet creyó que no debía dejar marchar al carpintero sin el consentimiento de su madre. Esta consintió a ello, pero reveló al P. Caillet el origen de este joven... El P. Caillet me escribió diciéndome toda la repulsa que él sentía por los hijos ilegítimos; me decía además que, a pesar de la piedad del joven, no tenía cualidades naturales superiores como para merecer la dispensa. Permití al P. Caillet que el joven fuese devuelto a su madre, lo que ejecutó enseguida, e hizo marchar solo al sr. Étignard. Yo no conocía el origen, o más bien la ilegitimidad del origen del joven. Su madre lo educó muy cristianamente, y, aunque era muy pobre, hizo el sacrificio de su hijo en el momento en que este comenzaba a ganar dinero, por miedo a que se perdiese en el mundo. Y el hijo correspondía con generosidad a los deseos de su madre.

Otros dos aprendices cerrajeros deben haber salido, en este momento, de Burdeos para Saint-Remy, los srs. Saumade y Pesant. El sr. Pesant¹⁴ se ha portado siempre bien; no ha habido nunca ninguna queja contra él: si se cultiva bien a este joven, podrá llegar a ser un buen religioso. El sr. Saumade ha mejorado mucho; necesita un trabajo duro. Si ahí no tiene suficiente ocupación en el taller de mecánica, lo puede usted emplear en el trabajo de la tierra. Yo le puedo decir que es pintor y sabe desleir y combinar colores; pero hay que ocuparlo poco en la pintura, porque ordinariamente es nociva para su salud. La cerrajería le va muy bien; también le ha gustado siempre la carpintería, pero no la ha ejercido.

Usted espera que le hable del sr. Seguin. Siento muchísimo la manera desafortunada como se ha tratado este asunto en Burdeos. Cuando envié la orden de hacerle partir, como no estaba completamente en regla respecto al servicio militar, se consultó al sr. David, y el sr. David fue de la opinión que su marcha sería una gran imprudencia, pero que él trataría de resolver las dificultades. Continuamente he preguntado a ver cuáles eran esas dificultades: por fin desde hace cuatro o cinco días las conozco. El asunto de la Guardia nacional les ha parecido una nueva dificultad. He preguntado de qué modo estaba inscrito en la lista dada en San Lorenzo: no se ha entendido lo que yo preguntaba. He vuelto a escribir de nuevo, y le aseguro que no perderé de vista este asunto. – Cuando le escribí que se lo prestaría cuando estuviéramos seguros de poder estar tranquilos, lo decía muy sinceramente. Pero, mi querido hijo, si su mecánico no debe seguir en Saint-Remy, y si entonces el sr. Seguin solo podría ser el Jefe de su taller, ¿no se habría hecho mal habiéndolo instalado? Su taller dejaría de funcionar si no estuviese el sr. Seguin; y si estuviese ahí, caería el de Burdeos, y ya le he dicho las consecuencias negativas que se derivarían de ello: de diez a doce mil francos de pérdida, y una soberbia máquina que no serviría más que de gran estorbo.

Tenga cuidado, mi querido hijo, de cómo organiza sus negocios. Esto me da pie para hacerle las observaciones siguientes:

1º En la Compañía, aunque los Jefes principales¹⁵ tengan toda su autoridad, la que corresponde al Oficio del que llevan el título, no se puede concluir que el primer Jefe deba ser

¹⁴ Gregorio Pesant, nacido en La Hérie, Aisne, el 11 de octubre de 1811, entró en la Compañía en San Lorenzo en 1828, por recomendación del sr. O'Lombel, y murió piadosamente en Saint-Remy el 6 de junio de 1832, llorado por el P. Chaminade.

¹⁵ Los religiosos encargados, en las comunidades grandes, de los Oficios de celo, de instrucción y de trabajo.

apartado de las funciones relativas a cada Jefe: el primer Jefe tiene siempre el derecho y el deber de ver si cada uno cumple bien sus funciones.

2º Cuando los Jefes principales encuentran dificultades en el ejercicio de las funciones de sus Oficios, el Superior debe ser consultado y el asunto pasar al Consejo. Cada Jefe también, cuando tiene que introducir algo nuevo o hacer algunos gastos mayores, el Superior debe ser consultado y el asunto pasar al Consejo: en este último caso, el Consejo no toma ninguna decisión, pero el acta que contiene el parecer de todos los miembros del Consejo es enviada al primer Superior de la Compañía¹⁶. Sin el cumplimiento de estas reglas, la unión y la subordinación entre los Jefes se verían a menudo turbadas y no sería este el único inconveniente que se derivaría de ello.

3º El Jefe de trabajo tiene una relación directa con todo lo material del centro y una relación indirecta con el personal encargado de ese material; el primer Jefe o Superior tiene una relación directa con todo el personal de la casa y una relación indirecta, pero real, con todo el material. No voy a desarrollar este principio; con lo que acabo de decir, su experiencia le servirá para comprender: con todo, si surgen dificultades, escríbamelas y trataré de resolverlas.

Antes, mi querido hijo, usted era el primer Jefe activo; ahora no es más que el primer Jefe honorario, y tengo que felicitarle por ello, si pensamos como cristianos. El primer Jefe activo tiene una responsabilidad directa, ante Dios y a los ojos de la Compañía, de todas las personas que están en la casa, empezando por él mismo. El Jefe de trabajo solo tiene la responsabilidad de la gestión de lo material, que a veces se llama temporal: ahora bien el material no opone a su Jefe una resistencia moral como el personal puede oponerlo al primer Jefe. No hace falta más que echar un vistazo a este bosquejo para encontrar en él motivos de consuelo.

Tenga la bondad, mi querido hijo, de hacerme llegar la escritura de donación de Courtefontaine o copia exacta de esa escritura, que el P. Bardenet le habrá remitido.

Me extraña no tener ninguna noticia de la sra. Perrin desde hace tiempo, debía viajar esta primavera, ir a ver a su hija religiosa a Aix-en-Provence, venir a Burdeos a ver a su hijo, las circunstancias de estos tiempos le habrán hecho sin duda cambiar el proyecto.

Mande al P. Caillet todo lo que le sea posible. La sra. Perrin podría pagar todo el año de pensión, puesto que el segundo semestre se acerca.

El P. Caillet me escribe que no sabe lo que hacer para pagar las letras que vencen en diversas fechas del mes de junio y para dar al menos algunos anticipos a los proveedores a los que se debe mucho.

Le abrazo con el gran cariño de siempre.

P. D. Me dicen de Burdeos que a los dos viajeros se ha juntado el joven sr. Valincourt. Hace ya algún tiempo que este trabajaba como aprendiz cerrajero. Necesita que se le cuide, tiene poca piedad, pero es muy dócil. En otra ocasión ya le hablaré de estos jóvenes. Por los principios arriba enunciados, hubiera estado bien que usted hubiese tomado la precaución de proponer al P. Lalanne o al Consejo el aumento de obreros que usted quería emplear en la fabricación de herramientas agrícolas.



¹⁶ La Compañía no contaba entonces más que con un pequeño número de casas y no estaba todavía dividida en provincias.

592. Agen, 29 de mayo de 1831
Al señor Lalanne, Saint-Remy

(Orig. – AGMAR)

Escribo, mi respetable hijo, al sr. Clouzet anunciándole la ida de varios jóvenes: empiezo por hablarle del orden y de la subordinación que debe reinar entre los Jefes; después de haber leído la carta, puede usted cerrarla y entregársela¹⁷.

Hará bien en decir a cada uno de los miembros de la Compañía que el sello de la correspondencia activa y pasiva con los primeros Superiores es inviolable, que esta ha sido siempre una excepción formal al reglamento que prescribe comunicar a los Superiores de las casas toda la correspondencia. Si esta regla excepcional fuese violada solo una vez o dos, quedaría en los individuos un temor y una desconfianza que les podría ser muy nociva. He visto el ejemplo en una Orden, entre otras, cuyas consecuencias fueron nefastas.

Yo estaba, mi respetable hijo, en este punto de mi carta cuando he creído deber interrumpirla para escribir al P. Chevaux. Le hago también llegar a usted la carta para él: haga usted como con la del sr. Clouzet. Como verá, le hablo también del sr. Clouzet. Me parece una vía muy suave para llevarle al respeto y a la sumisión que él le debe, y espero de la caridad de usted que le suavizará la práctica de estos dos deberes. Es posible que a veces no cumpla los deberes de sus Oficios con la disponibilidad y la dignidad que usted desearía; pero no debe usted inquietarse demasiado con tal de que efectivamente los cumpla. He visto muy pocas casas, de cierta consideración, en que no hubiese alguna queja contra los síndicos, ecónomos, procuradores, etc. –[poco] importa el nombre– que tenían que cumplir las mismas funciones que el sr. Clouzet, sobre todo cuando han querido cumplirlas en conciencia y con rectitud. Estamos sobre todo en una situación tan crítica –que puede llegar a serlo más todavía– que sería una gran imprudencia por parte nuestra no disminuir, o más bien suprimir, todos los gastos que no sean necesarios. Desde el comienzo de esta Revolución, exijo habitualmente dos cosas: la primera, que se hagan los menos cambios posibles, tanto en las personas como en las formas; la segunda, que en todas partes no se hagan más gastos que los estrictamente convenientes.

No me ha dicho usted nada sobre la carta que escribí al P. Bardenet y de la que no he recibido ninguna respuesta: debió de llegar a Saint-Remy cuando usted había ya salido para París, pero se la deberían haber entregado al menos a su vuelta.

¡Que la fe, mi respetable hijo, sea nuestra fuerza y nuestro consuelo en medio de las penas y de las contradicciones que sufrimos! Le abrazo con mi mayor cariño.



593. Agen, 3 de junio de 1831
Al P. Lalanne, Saint-Remy

(Orig. – AGMAR)

Los días 27, 28 y 29 del mes pasado, mi respetable hijo, escribí largas cartas al sr. Clouzet y al P. Chevaux, y adjunté una breve carta para usted. Mi mayor deseo es que estas cartas puedan crear la unión y la subordinación tan necesarias en todo establecimiento, y con mayor razón en Saint-Remy.

Ha hecho usted bien en prepararse para el bachillerato en ciencias¹⁸; pero se había olvidado de decirme que estaba todo a punto y que no le quedaba más que prepararse para un

¹⁷ Véase la carta 594.

examen. El mes de julio puede ser muy caluroso en París: los fuertes calores no dejan la cabeza libre para sostener exámenes.

No entro a considerar, mi querido hijo, si es factible el plan de reforma del sistema actual de enseñanza que está usted meditando, según me dice, desde hace diez años; pero yo albergaría mis temores sobre el éxito de un Prospecto, tal como usted lo anuncia, divulgado entre el público al final de este año... Releyendo en su carta el punto del Prospecto, creo ver que todas las clases seguirían la marcha ordinaria y que usted aplicaría su plan de reforma solo a los niños de diez a doce años que le fueran confiados, y cuya educación e instrucción usted seguiría de año en año. Si es así, no existirían los mismos inconvenientes y retiro mis observaciones sobre el primer punto de vista. Cuando llegue el momento, procure hacerme llegar el proyecto del Prospecto antes de hacerlo imprimir y publicar.

La empresa es audaz; es digna de un alma fuerte y plenamente dedicada al bien de la religión y de la patria. La propuesta que me hace no me sorprende, conociendo el carácter de usted. [Sin embargo], es posible que sea intempestiva y que usted mismo la encuentre así antes de que llegue el fin de año.

Por si yo pudiese encontrar intempestiva su propuesta, usted hace una serie de reflexiones que no son para discutir en una carta. He creído entender que usted veía la Revolución poco más o menos como Lamennais: en esto, mi querido hijo, no coincidimos, y lo lamento. – Me dice que del caos actual puede salir un mundo nuevo. – Sin duda, el Todopoderoso puede hacer un mundo nuevo en este caos, como ha formado el cristianismo en el seno de la idolatría. Que la Compañía de María sea llamada a contribuir a esta feliz regeneración, es, como usted sabe bien, el deseo ardiente de mi corazón; pero [*cada cosa a su tiempo*]¹⁹.

Paso a otros puntos de su carta. Cuando la junta de clasificación de reclutamiento comunique su decisión, tenga la bondad de transmitírmela enseguida; en Burdeos no la han comunicado todavía respecto a San Lorenzo.

Como ya le escribí al sr. Clouzet, he sentido mucho que hayan retenido al sr. Seguin por razones que, a mi juicio, podían superarse fácilmente. Después de haber escrito aproximadamente cada semana al P. Caillet que me dijese las razones por las que se le retenía, el P. Caillet acaba de escribirme, hace pocos días, ¡que el señor David le había dicho expresamente que no debía decírmelas! Ya ve, mi querido hijo, con cuánto ardor debe usted pedir al Señor paciencia para mí... – Por otra parte, el sr. Clouzet siempre me ha hablado elogiosamente de su mecánico y solo en su última carta me habla desfavorablemente. Si yo hubiera sabido que las cosas estaban así, ninguno de estos jóvenes habría ido. – Esta debe ser una prueba clara para el sr. Clouzet de que no debe emprender nada importante, ni añadiendo ni aumentando, sin pedir la opinión de usted, con una exposición clara y detallada para que me sea comunicado todo. – En cuanto a los jóvenes que ya han marchado ahí, vea en su buen juicio, con el sr. Clouzet, los medios para mantenerlos y hacerlos crecer en la virtud. No recibirá ya más hasta que el sr. Clouzet haya cumplido estas formalidades.

Su pequeño Reglamento de noviciado está muy bien para la gente que usted tiene.

Efectivamente estoy en Agen, donde tengo realmente muchos asuntos, tanto para Agen mismo como para todas las demás casas nuestras; pero no me limito a esto. Por decirlo así, no paro; vuelvo a menudo mis miradas a Saint-Remy, pero...

Supongo que le habrá quitado toda preocupación la precaución que usted ha tomado de enviar enseguida al sr. Étignard a hacer su declaración²⁰. Tiene aquí una pequeña muestra del terreno en el que andamos. A los que no han visto la primera Revolución les cuesta hacerse

¹⁸ El P. Lalanne recibió el bachillerato en letras en Burdeos en 1810. Obtuvo el bachillerato en ciencias en Toulouse en 1840, fue licenciado en letras en Besanzón en 1847 y doctor en letras en París en 1853.

¹⁹ *Omnia tempus habent.*

²⁰ Probablemente se trata de la Guardia nacional.

una idea exacta de esta. Comuníqueme todas las consecuencias de este pequeño y espinoso incidente.

Le abrazo con cariño, mi respetable hijo, y pido al Señor para usted la plenitud de los dones de su divino Espíritu.

Explicaciones insistentes y desahogos paternales... En la carta siguiente se encontrarán ideas muy interesantes sobre el espíritu del gobierno en la Compañía, sobre el método de enseñanza primaria, sobre el movimiento de Lamennais y de la Escuela liberal.

594. Agen, 5 y 7 de julio de 1831
Al P. Lalanne, Saint-Remy

(Orig. – AGMAR)

Todos los días, mi respetable hijo, buscaba una hora libre para responder con calma a su carta del pasado 10 de junio: cuando las tareas se me están multiplicando, en lugar de ir disminuyendo, hago tomar de repente la pluma. Pero le advierto que, aunque haya prisa fuera, no la hay dentro. He tardado en responderle porque esperaba recibir algunas cartas del P. Chevaux o del sr. Clouzet; estamos a 5 de julio y silencio absoluto.

Cuando le escribí a usted y le envié también abiertas mis cartas al P. Chevaux y al sr. Clouzet, no era para que las leyera y discutiese con ellos. Mi objetivo principal era llevar al sr. Clouzet, de una manera suave, a la obediencia que le debe a usted como Superior suyo que es. Al P. Chevaux le escribí con el mismo objetivo. Deseaba que usted estuviese enterado de todo, para que, teniendo los dos el mismo lenguaje, llegásemos antes al mismo fin. Es posible que, al explicarle sus deberes, haya empleado expresiones demasiado vagas y expuestas a hacer distinciones, sobre todo por no querer decir todo a la vez, a causa de los miramientos que debemos tener para con él.

El sr. Clouzet razona bien –al menos eso es lo que me parece– y es poco amigo de sutilezas. He querido decir al sr. Clouzet que su Oficio le sometía a usted como Superior directo y local, y al Superior de la Compañía que le ha nombrado para este Oficio. Es súbdito de usted para que ejerza de manera conveniente y religiosa su Oficio. Dar más explicaciones no haría más que embrollar más el asunto; y usted parece que al menos lo ha entrevistado, puesto que me cita una conversación que tuvimos en Gray sobre las relaciones que debían tener entre ellos los Jefes principales y estos con el primer Jefe.

Yo censuraba entonces, como lo censuraría ahora, cierto embrollo que resultaría del ejercicio demasiado neto de cada Oficio; pero no censuro la autoridad intrínseca a cada Oficio. Esta es rigurosamente necesaria en los tres Oficios generales, que deberán encontrarse como Asistentes del Superior general. De la misma manera es más o menos necesaria en los establecimientos grandes: ¡es tan difícil encontrar Superiores que sean igualmente aptos para la administración de asuntos temporales, de cosas espirituales y de los estudios literarios y científicos! Ya es mucho encontrar quienes tengan suficientes conocimientos y prudencia para orientar bien todos los Oficios hacia el fin principal y primero de la Compañía. – Cuando el Superior tiene capacidad para ejercer por sí mismo algunos de los Oficios, o cuando se tiene necesidad de formar sujetos, entonces este Superior toma como Jefes de estos Oficios a ayudantes. Por ejemplo, en Saint-Remy, usted acumula los Oficios de Superior, Jefe de celo y Jefe de instrucción; no es Jefe de trabajo más que como Superior. Esas eran mis ideas al redactar las Constituciones y siguen siéndolo hoy. Por eso, en Saint-Remy no hice más que dos nombramientos, el de Superior y el de Jefe de trabajo. – Sería explicarse mal decir que es falta de confianza en un Superior no darle la administración particular de cada Oficio, sino solo la general. Sería suponer que un Superior es todo e igualmente apto para todo. No sigo más lejos porque no quiero herir la modestia de usted. En la redacción de los artículos orgánicos de la

Compañía, tienen que aparecer todas estas ideas y todas estas necesidades, porque en caso contrario sería defectuosa; se podría adoptar otro plan, pero no valdría para nosotros. En una Compañía, todo debe estar coordinado con su espíritu y con sus fines.

He hecho estas breves reflexiones, mi querido hijo, solo para responder a su carta, porque lo prudente es no discutir este tipo de cuestiones hasta que la Providencia haya consolidado el terreno sobre el que andamos. Tiene usted que darse cuenta de la gran movilidad de ese terreno. Ningún cambio, ninguna innovación, nada que atraiga la atención sobre nosotros: ese es mi sistema desde hace once meses. Tengo la satisfacción [de ver] que en general todos nuestros establecimientos de hombres y mujeres lo han adoptado.

Que cada uno, en el silencio, se ejercite en la piedad. He dicho o he escrito a la mayor parte de nuestras casas que la Revolución era la criba del Señor que él tomaba en su mano; y efectivamente algunos de nuestros sujetos, como la paja, han volado al mundo; y todavía no es todo puro.

No dejo de ocuparme, sin embargo, todos los días, al menos delante de Dios, de nuestra gran obra²¹. Trabajo especialmente en la *Dirección* propiamente dicha. Esta parte es muy extensa y delicada. Ruegue a menudo por mí: sin una asistencia especial del Espíritu Santo, no haré nada que valga la pena.

Me he ocupado también y me sigo ocupando de vez en cuando del *Método de enseñanza primaria*²². El trabajo está casi acabado. El Método que usted había hecho nos ha servido mucho; pero no conseguía el fin que nos debemos proponer. 1º La enseñanza no era propiamente simultánea, incluso en la misma clase: todas las *fuerzas* no trabajaban al mismo tiempo. 2º No servía para alumnos de todas las clases, y, por consiguiente, se renunciaba a presentar la Escuela modelo a los candidatos de las Escuelas normales. 3º Hacía desaparecer casi completamente nuestro antiguo Método: ese cambio traía muchas consecuencias. 4º Nuestros maestros son enviados a la generación naciente como misioneros: es preciso que esclarezcan y desarrollen estas débiles inteligencias y formen estos jóvenes corazones en la virtud: el Método debe llevar a ella como necesariamente y sin decirlo. Creo que lo hemos conseguido. Además, todo marcha con tanta y más rapidez que en la enseñanza mutua. Tenemos ya a favor de este Método el testimonio de un antiguo magistrado, gran administrador, que lo ha examinado con atención. Voy a hacerlo conocer primero a los maestros que tengo cerca²³, después irlo poniendo en práctica poco a poco, y finalmente lo estableceremos.

Acabará, mi querido hijo, por donde usted mismo acaba, pero que es por donde yo hubiera querido empezar. Quiero expresarle toda mi satisfacción de que no lea a Lamennais y sobre todo de que no se adhiera a sus doctrinas. El Rey de Cerdeña fue muy prudente prohibiendo que *L'Avenir* entrara en sus Estados. Algunos pasajes de las cartas [de usted] parecían indicar que sostenía los mismos principios, y eso me afligía, sin atreverme a expresarle mi pena. No quiero decir que no haya nada bueno en *L'Avenir*: pero es un teólogo débil con altas pretensiones. Primero se impuso su reputación; algunos eclesiásticos, aunque poco numerosos pero de cierto renombre, al principio estaban locos con él. Me he encontrado con algunos de ellos que no han podido sostener media hora una discusión un poco seria... Pero ya basta, puesto que usted está en guardia contra lo que él llama sus doctrinas. Aunque el *Quotidienne* y la *Gazette de France* tengan en general puntos de vista más madurados y mejor razonados, hay que saber tomar y dejar. Conozco poco el *Correspondant*²⁴: me parece

²¹ La revisión de las Constituciones.

²² Véase *Esprit de notre fondation*, III, n. 252.

²³ En la Escuela de Agen.

²⁴ El *Correspondant*, fundado en 1829 por algunos jóvenes católicos para la defensa de la religión, desapareció en agosto de 1831, eclipsado por *L'Avenir*, reapareció en 1843 y llegó a ser una de las más importantes revistas católicas.

que usted lo define bien en pocas palabras: es un *joven* literato que hace profesión de ser cristiano.

Me extraña que el P. Bardenet, tan correcto como es, no responda a las cartas de negocios más que con algunas palabras bastante secas. En la carta que yo le escribí sobre este asunto, me parece que le ponía bien al corriente. En fin, es un golpe fallido... En la correspondencia del convento de Acey con el de Agen, no aparece nada del descontento del P. Bardenet.

Este buen hombre está muy equivocado creyendo que se ha pretendido poner a la Madre Gabriela al frente de un internado por el hecho de que sea la Superiora del convento de Acey²⁵. Es como si se dijese que la Madre del Sagrado Corazón, Superiora del convento de Condom, está al frente del internado de Condom. Cuando Sor Leocadia entró en el Instituto de Hijas de María, estaba al frente de un internado de 25 jóvenes: ella sola había levantado ese internado, y le será fácil a usted enterarse de cuánto se le echa de menos. – Si el P. Bardenet se explicase bien sobre sus intenciones, si procurase no pronunciarse sobre la aptitud de los sujetos, si se diese cuenta de las precauciones que es preciso tomar en una Revolución que cada día puede ser más pesada, las cosas irían mucho mejor; pero, con palabras de descontento dichas a derecha e izquierda, paralizaría su obra. La Superiora general no confía mucho en el éxito de los conventos de Arbois y de Acey: piensa que se siguen excesivamente miras humanas... Puede ser que se asuste demasiado: el *justo medio* es difícil de conseguir.

Le encomiendo, mi querido hijo, los jóvenes que han llegado hace poco a Saint-Remy procedentes de Burdeos. Digo al sr. Clouzet que hará una buena obra pidiéndole a cada uno que me escriban una carta. Después de haber comenzado esta carta, me he decidido a devolver al sr. Antonio Mémain, que usted había colocado en Orgelet. Si el sr. Olive le pide alguien que le remplace, envíele, por favor, uno de los tres novicios²⁶, no precisamente el más sabio sino el que tenga mejor carácter.

He aquí, mi respetable hijo, una larga carta, a pesar de la intención que tenía de que fuese breve: la termino abrazándole con el mismo cariño de siempre.



595. Agen, 7 de julio de 1831
Al sr. Clouzet, Saint-Remy

(Orig. – AGMAR)

Le escribí, mi querido hijo, y escribí al P. Chevaux: puse las dos cartas en una tercera escrita al P. Lalanne. Este me acusa recibo en la suya del pasado 10 de junio. «Me atrevería a decir francamente, añade él, que, después de haberlas leído, hemos visto más claro que antes en las cuestiones entre nosotros». – Antes de responder, he tardado algunos días esperando alguna carta de usted o del P. Chevaux. Si no he conseguido hacerle entender la naturaleza de su Oficio y los deberes que le impone, ¿por qué no me lo escribe abiertamente? Cuando se trata de deberes, hay que poner todo en claro. Es necesario también que usted y el P. Lalanne entiendan las cosas de la misma manera, y esa es la razón por la que le comunicué las dos cartas en cuestión.

²⁵ En los conventos de las Hijas de María, la Superiora de la comunidad a menudo era distinta de la directora del internado. En Acey, la Superiora era la Madre Gabriela Waller, religiosa alsaciana de gran valor, pero que no gustaba al P. Bardenet, en particular por su acento alsaciano; la directora del internado era la Madre Leocadia Voisin, futura Superiora de la Tercera Orden de Auch.

²⁶ Admitidos recientemente en Saint-Remy por el P. Lalanne.

Le envío, mi querido hijo, una carta para la sra. Perrin²⁷; usted verá en ella todo lo que tiene que decirle: después de haberla leído, ciérrela y entréguesela. Siento mucho que esta carta no haya caído antes en mis manos. La necesidad que tenemos de dinero es casi extrema: estoy haciendo armarse de paciencia a los que tenemos que pagar a corto plazo, y usted sabe a qué nos exponemos. Puede cargar en la cuenta de la sra. Perrin el año entero de pensión, que expirará el mes de septiembre: tiene usted la fecha en la cuenta que le envié. Mándeme lo antes posible este pago y añada lo que haya podido retirar o ahorrar de las fincas de Marast o de Saint-Remy. Si no puede completar alguno de esos tres capítulos, mándeme lo que tenga, sin perjuicio de activar los otros ingresos y hacérmelos llegar a medida que se vayan haciendo efectivos. Puede enviarlos directamente a nombre del P. Caillet. Todo retraso puede ser perjudicial: debemos evitarlo lo más posible.

Ya me imagino el apuro en que le pongo; pero ¡tenga ánimo! Si Dios lo permite, ¿por qué no lo vamos a permitir nosotros? O más bien ¿por qué no vamos a adorar los designios de su providencia y no vamos a sacar provecho de las penas que él nos envía solo para nuestro bien? ¡Qué consuelo poder decirse siempre, en las más amargas aflicciones: Dios las permite solo para mi bien!

Desearía tener noticias de todos nuestros jóvenes desembarcados en Saint-Remy; quizá usted podría invitar a cada uno a escribirme una carta, que ellos podrían cerrar y usted me haría llegar. Escribo al P. Lalanne y se los encomiendo a él pero también los recomiendo a usted.

Reciba, mi querido hijo, el cariñoso abrazo de su padre que le ama tan sinceramente.



El bueno del señor Perriguy se ha abierto al P. Chaminade sobre la razón principal que le llevaba a pedir su cambio: su alma, demasiado sensible a las manifestaciones de afecto de los niños del orfanato, encontraba en ellas una ocasión de turbaciones.

La respuesta del P. Chaminade nos muestra con qué bondad acogía la apertura de sus hijos, y con qué solicitud velaba, ante todo, por asegurar su bien espiritual.

596. Agen, 8 de julio de 1831
Al señor Perriguy, Besanzón

(Orig. – AGMAR)

Su carta del 30 de mayo pasado, querido hijo, me ha embargado de compasión por usted. Hubiera sido mejor que me hubiese hecho saber antes toda su situación. Siempre me decía alguna cosa sobre ello: pero yo tenía motivos para creer que usted estaría por encima de las miserias que le atormentan.

Sería difícil encontrar un puesto en el que no tuviera ninguna relación con niños. Sin embargo, hay tres casas de la Compañía en que podría encontrar ese puesto: Saint-Remy, Saint-Hippolyte y Courtefontaine. En Saint-Remy, como portero: pero entonces tendría que aprender el oficio de fabricante de géneros de punto, porque no podría permanecer siempre con los brazos cruzados o rezando; este puesto podría ser casi a perpetuidad. En Saint-Hippolyte, me están pidiendo continuamente un cocinero y un panadero. En Courtefontaine, el sr. Dornier está sobrecargado porque él tiene que hacer todo: hace más de un año que hice que le pusieran un criado; pero con usted serían dos y todo iría mucho mejor, si se entendiesen entre ustedes. Usted podría estar casi en soledad, llevar a cabo sus ocupaciones, que no serían excesivas, en la presencia de Dios y en el silencio: pero tendría que saber hacer

²⁷ Madre de un postulante de la Magdalena, que había seguido al P. Chaminade a Agen.

de manera aceptable una cocina casera; sería bueno también que supiese hacer pan. Y si alguno de esos puestos no le conviniesen, encontraríamos fácilmente algún otro, como en San Lorenzo y en la Magdalena, donde no hay niños y donde se observa fielmente el silencio durante todo el día. Veá, mi querido hijo, lo que le diga su corazón y lo que pueda aprender con más facilidad. En el Hospital puede usted aprender tanto el oficio de fabricante de géneros de punto como el de la cocina y la panadería. Póngase de acuerdo con el sr. Bousquet. Tiene tiempo si le hace falta por la imposibilidad o al menos la gran dificultad para enviarle alguien en el momento de la venta de las lanas y de su preparación; pero cuando ya sepa lo que va a hacer, enviaré a alguno antes de que usted marche para que se vaya poniendo poco a poco al corriente.

Mientras tanto, mi querido hijo, procure tratar con naturalidad y con más indiferencia esas manifestaciones diversas de amistad; cuanta más importancia les dé, más atormentado se sentirá. Entregue continuamente su corazón a Dios, y desprecie lo que suceda en su naturaleza. Le aconsejo la práctica de tres *Ave María* al levantarse y antes de dormirse: muchas personas han actuado así y han conseguido la tranquilidad que usted pide. Que el Señor, mi querido hijo, se digne otorgarle su paz y su bendición.

El señor Perriguet fue enviado a Saint-Remy, donde vivió piadosamente hasta su muerte.



597. Agen, 19 de julio de 1831
Al señor Clouzet, Saint-Remy

(Orig. – AGMAR)

Recibí, mi querido hijo, su tardía carta el 12 de este mes, con la copia de los papeles relativos a Courtefontaine. Por el anuncio que usted me había hecho, yo dudaba mucho de que estuviesen en regla: ahora que los he leído, dudo todavía más. Pero no le voy a decir a usted nada en este momento; hablaré con el asesor del convento: se le considera el mejor jurista de la región.

Le escribí hace poco, mi querido hijo; por esa carta, habrá visto que había retrasado mi respuesta al P. Lalanne, en espera de una carta de usted: no voy a volver sobre su contenido, pero la ha tenido que haber recibido ya.

Comprendo, mi querido hijo, por los detalles en que entra, aunque sean poco numerosos, que me ha entendido bien, así como el P. Chevaux. Usted conoce sus deberes: cúmplalos con valor y fidelidad. El valor no es opuesto a la humildad, ni la humildad al valor. Conserve siempre la paz de su alma: que sus respuestas al P. Lalanne sean siempre prudentes y modestas. Debemos creer que el P. Lalanne busca solo el bien: esperemos que sus pretensiones no sean más que una ilusión pasajera. Es fastidioso, solamente, que se levanten estas nubes en un tiempo en que deberíamos mantenernos tan tranquilos y tan unidos: pero Dios lo permite: solo este pensamiento debe hacernos adorar humildemente las disposiciones de su Providencia, aunque contraríen nuestra naturaleza y nuestras ideas. Sigo manteniéndome en no hacer más cambios que los indispensables. Siga siempre su camino. No me hago ilusiones con la dificultad de su situación; no puede serle muy meritoria delante de Dios, e incluso delante de los hombres, si usted no se comporta religiosamente: pida al P. Chevaux que le ayude a sacar partido de ello. Con todo, no dejaré de decir siempre la verdad al P. Lalanne según las ocasiones que él me dé para ello.

El P. Lalanne no me ha hablado de la separación de los talleres de la granja y de la Escuela normal respecto al internado: quizá lo haga al contestar a mi última carta. Habría que volver sobre esto, si él no puede abrir los ojos sobre todo este tejemaneje. Lo que más me

extraña es que esta desunión y esta tormenta lleguen precisamente en un tiempo de Revolución... Pero detengamos nuestras reflexiones, y tomemos las cosas como son y como Dios las permite.

El P. Chevaux tiene razón en decirle a usted que debe informarme de todo. Yo le apoyaré siempre en el ejercicio prudente y modesto del Oficio que le he confiado: la suavidad, la paciencia y las insinuaciones amistosas que yo pueda usar [con el P. Lalanne], no alterarán nunca la autoridad que le es necesaria a usted para cumplir sus funciones; si no fuese así, ya no serían para usted deberes de justicia y de conciencia.

No me parece, mi querido hijo, que [actualmente tenga usted] ninguna necesidad de cumplir sus funciones de Visitador: 1º porque el tiempo no es propicio; 2º porque [las casas] van poco más o menos todo lo bien que pueden ir en los malos tiempos en que estamos; 3º porque mantengo una correspondencia bastante activa con cada una de ellas... No estoy todavía completamente seguro sobre la obra de Sainte-Marie-aux-Mines, aunque tenga motivos para esperar que se mantendrá a pesar de la persecución del señor alcalde, protestante. No estoy tampoco completamente seguro del mantenimiento de la de Ribeauvillé. El sueldo de los hermanos de Colmar ha sido recortado en un cuarto: pero este establecimiento, así como el de Ammerschwir, están bien vistos por las nuevas autoridades y por el Rector de la Academia de Estrasburgo.

El P. Lalanne no me ha hablado de las disposiciones que tomó o quería tomar sobre los sujetos que usted destina a la agricultura. Usted me dice que *el P. Lalanne quiere ser muy libre y enteramente libre*. Esa libertad sería mal entendida si pretendiese ir contra el orden establecido. Ninguna autoridad, por muy absoluta que sea, puede ser ejercida a favor del desorden: con mayor razón una autoridad inferior y dependiente. El P. Lalanne obra así porque considera que sus ideas son infalibles y por eso mismo se cree obligado a ejecutarlas: si sus inferiores razonasen en relación a él como él razona en relación a su Superior, pensaría de distinta manera... No veo que se pueda hacer otra cosa que 1º ir siempre por delante con amabilidad, paciencia y miramientos; 2º rogar al Señor por él y por mí.

Invité al P. Lalanne a que transmitiese a todos los miembros de la Compañía la libertad que cada uno tenía de escribirme y de recibir mis cartas sin que tengan que comunicarlo al Superior de la casa. Me extraña mucho recibir rara vez o no del todo noticias de la mayor parte de ellos.

Recibí una nota del P. Bouly, en la que me invita a unir mis oraciones a las del Príncipe de Hohenlohe²⁸ por su curación. Recibí su carta demasiado tarde: pero no dejaré de seguir rezando por él. Dele esta respuesta de mi parte, por favor. No le responderé de otra manera.

Voy a escribir una carta al sr. Saumade: tenga la bondad de entregársela. Temo que este joven no acierte en Saint-Remy: sin embargo, tenía excelentes sentimientos cuando salió de Burdeos. Si su confesor se sabe ganar su confianza, quizá logre hacerle triunfar de él mismo y de los obstáculos que encuentre en Saint-Remy.

El sr. de Valincourt podría acertar si trabajase con un jefe que le atase corto y le exigiese lo que se exige ordinariamente a los obreros en el mundo, alguien que además le hiciese escuchar de vez en cuando el lenguaje de la razón y de la religión.

Le envié hace poco una carta para la sra. Perrin.

²⁸ El Príncipe Alejandro de Hohenlohe (1794-1849), célebre taumaturgo del siglo XIX, pertenecía a la rama católica de la ilustre familia de este nombre, que dió a finales del siglo XIX un cardenal a la Iglesia y un canciller al Imperio. Ordenado sacerdote en 1816, ejerció el santo ministerio en Baviera, donde Dios no tardó en concederle el don de curar enfermos: primero de Alemania, después de los países vecinos, de Europa entera y hasta de América, los enfermos acudían a él o le escribían, y a menudo se declaraban curados. A partir de 1822, se retiró a Viena llevando una vida plena de fe, de piedad y de caridad. Murió en Voelau, revestido de las funciones de decano del Capítulo de Gross-Wardein y del título de obispo de Sárdica. – Véase su *Vida*, publicada por las carmelitas de Marienthal, 1892.

No volveré al tema de las finanzas: no hay ninguna exageración en las necesidades apremiantes que le expuse: al contrario, son mayores y más numerosas que las que me he atrevido a decirle. Acabo, mi querido hijo, abrazándole cariñosamente y deseándole valor y paciencia.

P.S. Un joven llamado Guey, que hacía de criado en el osario del municipio de Fontenelles, cantón de Russey, departamento de Doubs, me escribe como si yo le conociese: pero no le conozco en absoluto. Teme perderse en el mundo y desearía entrar en la Compañía. Le respondo que muy raramente admitimos en la Compañía jóvenes que hayan hecho de criados; pero que se presente a usted en Saint-Remy para tener más informaciones sobre él.



Aquí se intercala una carta de dirección toda ella impregnada de los principios ascéticos del P. Olier.

598. Agen, 7 de agosto de 1831
Al señor Étignard, Saint Remy

(Orig. – AGMAR)

Usted expresa muy bien, mi querido hijo, en pocas palabras el estado de su alma, cuando dice que *le es terriblemente más difícil que a los demás conseguir el fin*. – No, mi querido hijo, no le será terriblemente más difícil. No era más difícil a Nuestro Señor resucitar a un muerto, Lázaro, por ejemplo, que curar una enfermedad, expulsar la fiebre, por ejemplo, de la suegra de san Pedro. No ve que la fe encierra en sí misma la omnipotencia, por decirlo así, de Dios. Es verdad que para nuestra justificación es necesaria nuestra cooperación a la gracia. Nuestra salvación es obra de Dios y del hombre sin duda, pero fundamentalmente de Dios. Nuestra cooperación no es propiamente más que dejar hacer a Dios lo que él quiere hacer, saborear lo que él hace, desear que él trabaje en nosotros, querer que ponga tal y tal sentimiento, etc., etc. Además, tenemos la fuente de todas las gracias en Jesucristo que está en nosotros, que nos pertenece, y tenemos el medio de beber en esa fuente: ese medio es la fe. Tenemos también el medio de acrecentar nuestra fe, de hacerla cada vez más viva: son las buenas obras. Las buenas obras tienen algo de eficaz en sí mismas, capaz de convertirse en alimento de la fe. Cuando comprenda estos primeros principios, no dirá ya: es difícil; menos todavía: es *terriblemente* difícil.

Lo que hace que le parezca tan difícil el asunto de su salvación es 1º la gran fragilidad que usted siente; 2º la falsa convicción de que las fuerzas del hombre son las únicas necesarias en esta obra que es la más importante para nosotros; 3º su carta parece indicar una tercera causa: la maldad de su naturaleza, que usted siente vivamente y supone que es superior a la que puedan sentir todos los demás.

Se engaña, mi querido hijo, e incurre en prejuicios que se oponen grandemente a los progresos que podría hacer en la fe. 1º ¿Qué importa a la gracia que usted sea débil? ¿No es ella omnipotente? 2º No solo las fuerzas del hombre no tienen importancia en el asunto de la salvación; sino que, para trabajar en ella, debe estar convencido de su absoluta incapacidad e impotencia. 3º La corrupción de nuestra naturaleza es total²⁹; hay en ella una maldad

²⁹ El P. Chaminade reproduce aquí las expresiones del P. Olier y de la mayor parte de los escritores ascéticos de esta época, expresiones que se inspiran en la carta a los Romanos y en la escuela agustiniana, y ponen de relieve la corrupción del hombre caído. «Esté convencido, escribe por ejemplo el B. Grignon de Monfort, que todo en nosotros está corrompido por el pecado de Adán y por nuestros

diabólica, que le haría capaz de los mayores crímenes. Cuando hablo de la naturaleza humana, hablo de todos los hombres, de usted, de mí, de todas las personas honestas e incluso de todos los santos. Si el hombre no hace todo el mal del que es capaz, es porque Dios no lo permite; es porque, a los que han sido bautizados, Jesucristo, que está en ellos por la fe, ha purificado, ha santificado el alma, y la ha retirado del pecado que queda vivo en la naturaleza. Jesucristo le comunica sus grandes, sus nobles sentimientos, y el alma, unida así a Jesucristo, se encuentra siempre en oposición a la naturaleza, que no ha sido regenerada como ella: de ahí ese combate continuo entre la carne y el espíritu del que habla san Pablo... No puedo, mi querido hijo, más que indicarle sucinta y rápidamente estas grandes verdades: espero que el Espíritu de Dios las desarrolle en su espíritu y se las haga gustar.

No crea que hay exageración en lo que le digo, ni que no le comprendo bien. Si no me entiende, a usted le corresponde preguntarme: pero entonces tendría que repetirme textualmente lo que le haya dicho, porque no hago sacar ninguna copia de lo que dicto.

Hacer un retiro de un mes, seguir los Ejercicios de san Ignacio es un buen deseo y una prueba de su buena voluntad: lo que me temo es que no esté suficientemente dispuesto. Usted querría hacer el retiro en Saint-Hippolyte, porque el P. Rothéa, que ha oído su confesión general, podría dirigirle durante esos santos Ejercicios: no sé si el P. Rothéa tiene la suficiente experiencia para esta dirección. La razón que alega para no hacer este retiro en Saint-Remy me parece muy débil. «Parecería quizá anómalo, me dice usted, a nuestros hermanos, sobre todo a nuestros hermanos profesores, que pase un mes sin seguir el ritmo de las vacaciones». – ¿No tendría que suponer más caridad en sus hermanos y creer, al contrario, que se sentirían edificados por la privación de los momentos de solaz concedidos a los otros? ¿No tiene nada que temer en Saint-Hippolyte? ¿No tiene quizá ahí demasiada gente conocida?

Cuando se acerque este retiro, mi querido hijo, y después de recibir de usted otra carta, quizá podré darle algunas orientaciones generales para este importante retiro. Los mismos Ejercicios de san Ignacio contienen muchas orientaciones particulares, bajo el título de *Anotaciones*.

Mientras tanto, haga muchos actos de fe en Nuestro Señor Jesucristo: 1º que él es verdaderamente Hijo del Dios vivo; 2º que es nuestro Señor y Maestro; 3º que habita en nosotros por la fe; 4º que su reino está dentro de nosotros; 5º que es no solo nuestro Mediador de redención, sino también de religión...

Ya solo me queda espacio para decirle, mi querido hijo, que le abrazo muy cordialmente.



El P. Lalanne se irritaba tanto más cuanto tropezaba con una voluntad inflexible bajo formas muy afectuosas; había perdido el sentido de su dependencia respecto al P. Chaminade y se dejaba llevar por ilusiones quiméricas. Una carta de recriminaciones le valió esta notable respuesta.

pecados actuales» (*Carta circular a los Amigos de la Cruz*, nº 6), y se puede encontrar más de un pasaje análogo en el *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen* (cf. ICARD, *Doctrina del P. Olier*, IV).

Según la doctrina comúnmente admitida en nuestros días la naturaleza del hombre no está completamente viciada en su fondo por el pecado original: solo ha sido herida o debilitada, en el sentido que ha perdido, con la gracia santificante, los dones preternaturales que Dios le había otorgado al crearle en el estado de justicia original, y que constituían su nobleza y su fuerza [Esta era la doctrina habitual en la Iglesia católica, como indica a propósito de esta nota el traductor, en el momento en que se llevó a cabo la edición original de las cartas del P. Chaminade, en torno a 1930. Desde entonces, autores como De Lubac, Chenu o Rahner, entre otros, han llevado a cabo nuevos planteamientos sobre el tema del sobrenatural. N. E.].

599. Agen, 7-9 de agosto de 1831
Al P. Lalanne, Saint-Remy

(Orig. – AGMAR)

Siento de veras, mi querido y respetado hijo, verle tan disgustado y despechado. Pero hace usted bien en decirme todo lo que sufre: hay un pequeño alivio natural desfogando las amarguras que embargan su corazón, y no conozco a nadie más que yo con quien pueda hacerlo prudentemente. ¡Cómo desearía poder darle la paz del alma! ¡Cómo me gustaría suavizar al menos sus penas! Pero solo Dios tiene ese poder: incluso yo no puedo consolarle, puesto que son precisamente mis maneras de actuar las que le irritan.

Usted cree, mi querido hijo, que tiene de su lado la razón y todos sus derechos: derechos tan imperativos, según usted, que debe abandonar lo que llama lenguaje de la humildad para hacer prevalecer el de la razón. – Yo no hubiera creído que la humildad deba callarse cuando habla la razón: la humildad tiene el derecho y el deber de estar en todas partes; pero dejemos este detalle.

1º Usted me habla de la razón y de sus derechos. – Pero, mi querido hijo, ¿de dónde vienen las disputas, las desuniones, los pleitos, etc.? ¿No es porque cada uno pretende tener toda la razón? Entre la gente del mundo se acude a arbitrajes, se erigen tribunales, etc.; entre nosotros, se explican una parte y otra, se discute con honradez, con moderación, y se sigue así hasta que se pueda llegar a un acuerdo. Si lo que hay que decidir es apremiante, se pueden multiplicar los razonamientos, pero expresados dentro de los límites de la prudencia cristiana. Cada uno de los discrepantes debe pensar que quien tiene sentimientos opuestos a los suyos puede cambiar si ve dónde está la razón.

2º Estamos tratando de un artículo de las Constituciones, en materia grave y práctica. Usted me dice: Hay uno nuevo al que usted debe someterse: el antiguo es impracticable. – Yo respondo: 1º Si el nuevo es nuevo, yo no lo he entendido de la misma manera, puesto que, antes de haber releído la nueva redacción, pero mientras se hacían las copias, he actuado conforme a la antigua, bien consciente de ello porque los nombramientos del Superior de Saint-Remy y del Jefe de trabajo tienen la misma fecha. 2º La redacción de este artículo no puede tener fuerza de ley sin haber sido al menos autorizada o proclamada: pues bien, el hecho es que nunca ha tenido la autorización ni aceptación. 3º La antigua Constitución no es impracticable en este artículo, primero porque siempre ha sido practicada, y todavía lo es de una manera útil; además porque es la que se sigue en la mayor parte de las administraciones. 4º Los tiempos críticos en que nos encontramos no permiten más que los cambios absolutamente inevitables o necesarios.

Me ha dicho usted que no ve todo tan negro en la Revolución. – Sin decirle cómo lo veo yo, que tengo el timón, ¿no cree usted que debo llevarlo según lo que yo veo y de la manera como lo veo? Los pasajeros pueden hacer algunas observaciones al piloto; pero finalmente deben dejarle maniobrar tranquilamente. Aunque los pasajeros se encuentren bien en un costado del barco, tendrán que pasar al otro, aunque se encuentren mal allí, si el piloto lo pide.

No hago, mi querido hijo, más que indicar algunas razones para que no crea que tiene usted toda la razón y [para] que, tanto por la razón como por la religión, pueda usted calmar esa irritación que le atormenta. Es el principio de su carta el que ha provocado estas primeras reflexiones: voy a retomarla para responder punto por punto.

Usted me propone, mi querido hijo, para ejercer dos de los grandes Oficios de la casa de Saint-Remy, etc. – El P. Meyer puede ayudarle a ejercer el Oficio de celo; incluso podría usted hacerse ayudar en este punto por algún otro que le pareciese capaz: pero es usted, mi querido hijo, propiamente y de oficio Jefe de celo, responsable, a los ojos de Dios y de la Compañía, del ejercicio de este Oficio. Lo mismo sucede con el Oficio de Jefe de instrucción. Lo mismo sucedería con el de Jefe de trabajo, si no hubiese uno nombrado. Y no es usted menos

Superior del Jefe de trabajo, aunque no lo haya propiamente nombrado usted. Digo propiamente nombrado, porque no fue nombrado efectivamente más que después de varios días de reflexiones y conversaciones [entre nosotros]. Usted es propiamente y directamente su Superior. Creo que lo he explicado en otra carta, y si la paz entre ustedes vuelve, como lo espero de su virtud, usted lo verá mejor de lo que yo mismo lo pueda ver porque, cuando los ojos de su alma no están turbados, ve más profundamente que yo.

Pero, quizá diga usted todavía, ¿por qué esta excepción? ¿No es injuriosa? Un Superior ¿no debe ser por esencia Jefe de celo, de instrucción y de trabajo? ¿[No hay aquí] una señal evidente de la desconfianza que tengo sobre su dedicación, su celo, sus luces, e incluso su probidad, la más corriente de las virtudes?... Aquel a quien yo llamo padre mío, y que me da con tanto afecto el título de hijo, se ha dejado seducir por las calumnias de mis enemigos. – No, mi querido hijo, no me he dejado seducir de ninguna manera. Yo no sospecho de usted; no he dejado nunca de darle muestras de mi confianza así como de mi amistad, y ambas son inequívocas: pero usted ha ido demasiado lejos. Porque de toda la confianza que se tenga en la probidad de uno, ¿se sigue necesariamente que se deba confiar en el éxito y buen hacer en aquello en lo que no haya sido suficientemente formado?, ¿en aquello en lo que no estuviera suficientemente instruido?, ¿o incluso en aquello a lo que no podría dedicarse todo el tiempo necesario? En una palabra, ¿es falta de confianza en alguno no considerarlo un *Omnis homo*, un hombre que lo sabe todo y puede hacer todo? Le pregunto, querido hijo, si encomendarle el cargo de Superior, además de los Oficios de Jefe de celo y de instrucción es mostrarle desconfianza. No creer que Dios le haya dado igual aptitud para los asuntos temporales y, por así decirlo, materiales; o, si le parece mejor, creer que le absorberían demasiado si usted se dedicase a ellos y que no podría estar suficientemente atento a cumplir funciones más elevadas, ¿es una falta de confianza? ¿Se encontrarán fácilmente unos *Omnis homo*? ¿No es conveniente que un primer Superior pueda poner en acción los talentos particulares de algunos miembros de la Compañía para completar lo que faltase a los Jefes de los establecimientos? No hacerlo sería una prevaricación por parte del primer Superior, advertido sobre todo por tantos ejemplos, que quizá vayan a ser la ruina de la Compañía, y sobre todo por los ejemplos de los internados Santa María y de Saint-Hippolyte.

Conoce usted bien el triste suceso del internado Santa María. Como yo conocía el carácter y el temple del sr. Auguste, y la obligación que él tenía de velar por su internado, quise nombrar algunos miembros de una comisión para dirigir las primeras reparaciones del Hotel de Razac. Tuve la debilidad de ceder, porque el sr. Auguste veía como una señal de desconfianza a estos comisionados benévolos, pero realmente entendidos. Quizá usted no conocía esta primera causa de nuestras desgracias... ¿Cree usted que, si me hubiera mantenido firme, se hubiera podido pensar que mi confianza en el sr. Auguste había disminuido? Esa miserable idea no estuvo más que en su cabeza; puedo decir con verdad que, a pesar de todo lo que sufro desde hace varios años, mi confianza en él no se ha visto alterada ni un instante.

El año pasado hubo en Saint-Hippolyte un déficit de 3.000 francos. Los padres del P. Carlos Rothéa se alarmaron. El sr. Xavier Rothéa me escribió, en nombre de su padre y de toda la familia, para rogarme que nombrase a alguien plenamente encargado de todo lo temporal de esta obra. La familia, desinteresadamente, ha adelantado los 1.000 escudos. Hice que el P. Rothéa [ya] no tuviese que meterse en lo temporal más que como Superior; y aunque haya la mitad de internos, y por tanto menos ingresos, tengo el consuelo o la esperanza de que al menos no habrá déficit, por todos los estados de cuenta que me envían de vez en cuando.

Mi querido hijo, ya conoce el proverbio: Gato escaldado del agua fría huye...: sin embargo se equivoca un poco temiendo el agua fría. Saint-Remy parece ser el medio que Dios nos ha reservado para sacarnos del abismo en que hemos caído: ¿y por qué no aprovechar ese medio?... Después de empezar esta carta, he sabido que nuestro deudor de más de 8.000 francos de París estaba totalmente arruinado.

Me doy cuenta de que avanzo muy poco en mi respuesta a los otros puntos de su carta. Son mi tierna amistad hacia usted, mi querido hijo, y mi profundo dolor por verle tan exaltado, los que me han llevado tan lejos.

Es un poco enojoso que ni su petición ni su carta al señor Rector hayan obtenido respuesta y que ni tan siquiera se le haya mandado un acuse de recibo de esos documentos: supongo que tendrá usted alguna prueba de que han sido recibidos. No remueva el asunto, puesto que callan.

El P. Chevaux ha hecho bien en no presentarse para la Escuela normal; hará bien en irse preparando suavemente a sostener un examen: eso no puede hacer daño a nadie. Yo considero a los Jefes de las Escuelas normales, así como a los profesores que están empleados en ellas, en una situación muy diferente [a la] de los maestros de las pequeñas escuelas.

El Rector de la Academia de Estrasburgo no exige exactamente un examen a nuestros profesores empleados antes de la Ordenanza del pasado 18 de abril, sino certificaciones de los alcaldes y de los comités: así es como han sido habilitados nuestros profesores de Ammerschwir y de Saint-Hippolyte. Los de Colmar fueron habilitados por el sr. Ordinario antes de su destitución³⁰; los de Ribeauvillé y Sainte-Marie-aux-Mines han sufrido un pequeño examen para poder asegurarse contra otras cortapisas que no venían de la Universidad. El Rector de la Academia de Cahors otorga pura y simplemente diplomas de capacitación –al menos lo promete por escrito– a todos los que estaban empleados antes de la Ordenanza citada. El sr. Rector de Besanzón no ha dicho todavía nada respecto a Courtefontine; el de Toulouse no ha dicho todavía nada respecto a los dos establecimientos que son de su incumbencia. Sin ser débiles, hay que tener mucha flexibilidad; soportar algunas heridas, con tal de que no puedan llegar a ser mortales.

No se inquiete por lo que se pueda decir en contra de la Escuela normal de Saint-Remy, con tal de que no se haga nada contra [ella] directamente. No se inquiete tampoco por la gran reducción de candidatos. Sin cambiar la Escuela normal en internado de primaria, nada impide recibir esa clase de internos. Así se ha hecho en Courtefontaine para mantenerse. Es ya mucho, mi querido hijo, que podamos mantenernos; no nos faltan todavía las fuerzas y necesitaremos de ellas...

Estoy de acuerdo con que estaría muy bien una escuela de enseñanza primaria en Marast. En mi último viaje a Saint-Remy quise hacer algún intento: desistí, entre otras consideraciones, por la penuria de medios y de personal. En el momento en que estamos, no pensemos en ningún cambio.

Hay que cultivar las buenas disposiciones del clérigo tonsurado de Besanzón: si persevera, tendrá que enviarme sus datos.

Yo tenía la intención de que el sr. Perriguy fuese a Saint-Remy como portero, pero no antes de que tuviese un reemplazante para lo que hacía en Besanzón...

El sr. [Antonio] Mémain, en Orgelet, nos preocupa mucho: acaba de ser reclamado por el sr. Prefecto de la Gironda para el servicio militar. Este joven no está muy maduro: yo procuraba ponerle siempre con su hermano. Es de suponer que el sr. Olive³¹ tendrá paciencia hasta las vacaciones para no perder a este joven.

Si el niño de Saint-Hippolyte del que me habla es el sobrino de un sacerdote, hace poco más o menos un año que este sacerdote me escribió para hacerme saber la imposibilidad en que se encontraba de seguir pagando por su sobrino; se extrañaba de que, con las buenas disposiciones del sobrino, no hubiese sido admitido todavía. Como yo conocía la franqueza y la piedad del tío, así como las disposiciones del joven, le respondí favorablemente, sin que me acuerde mucho de lo que yo le indicaba. Debí de comunicarlo entonces al sr. Clouzet: estoy seguro de haberlo hecho al P. Rothéa. Desde la Revolución, creo que su parroquia no le da ya

³⁰ El señor Ordinario había sido destituido por el nuevo Gobierno.

³¹ Su Director

nada, y su madre está a su cargo: es una de las razones que le han impedido a él mismo entrar en la Compañía de María. Sea lo que sea, en espera de mayores aclaraciones, no veo bien que se le deje como a un pordiosero. Había otro [niño] de Saint-Hippolyte también, cuyo padre era un simple obrero, que vi un momento al pasar por la ciudad: tiene todavía menos que hacer sobre todo ahora.

No debemos el Método de enseñanza primaria a los srs. Mémain y Gaussens: lo debemos a las reuniones tenidas en Agen, de las que desde luego formaba parte el sr. Mémain³². Ya le contaré la historia en alguna ocasión oportuna. Pero no le daré mi aprobación más que después de pruebas numerosas y después de que lo hayan examinado algunas personas de peso. Lo que más me gusta es el medio que tienen los profesores de formar la mente y el corazón de los alumnos al mismo tiempo que les enseñan a leer y escribir.

Saumade ha podido poner mala cara si se le ha colocado en la cocina. Su salud ha sufrido siempre en este empleo; ¡pero hay tanta necesidad de labradores! Saumade ha dado pruebas de vez en cuando de que podía realizar bien su labor, pero necesita mucho ser apoyado con los motivos importantes de la religión. Valincourt no es tan accesible a los sentimientos, pero es tímido y muy dócil cuando su jefe está presente... Si Dios se digna otorgarnos la paz, podremos asentarnos mejor; mientras tanto hagamos lo que podamos.

Si el P. Bardenet no está contento, el medio que tiene de obtener lo que podría satisfacerle, o de desengañarse si no tiene razón, no es el de no responder. No creo haberle escrito nada que necesitase ser moderado como para [que él se creyese autorizado a] no responder. Es posible que yo no lo conozca todavía bien: pero, sin duda, no le habré dicho nada que deba enfadarle... Cuando dictaba esta última línea, el sr. Morel³³ me ha advertido de que yo tenía una copia de la carta que le escribí de Agen el pasado 24 de marzo: no hay nada en esta carta que no sea amistoso y correcto.

La frase de la Madre Superiora es mal interpretada si se le supone esa intención, pero dejémoslo porque la ha dicho con muy buen espíritu.

No solamente, mi querido hijo, no tengo ningún inconveniente sino que veré con agrado que vaya a examinar a las alumnas del convento de Arbois y a dar un retiro a las religiosas. Supongo que para entonces habrá usted calmado su furia y que tendrá la paz del alma y también la paz del Señor, tan necesaria para ser un fiel órgano de sus oráculos. Añado todavía [*supuesto lo que hay que suponer*]³⁴ respecto a los asuntos públicos: no hay que exponerse a más preocupaciones.

Las ganas de viajar durante las vacaciones no es muy edificante, pero vengamos al hecho: 1º Yo no vería mal que el sr. Fidblatt vaya a casa de sus padres, pero a condición de que no vuelva más. El sr. Fridblatt, en todos los sitios en donde ha estado, en lugar de ocuparse de lo suyo, se ocupa demasiado de los demás; le gusta sobre todo criticar a sus Jefes, juzgar su conducta y buscar así el medio de excusar su inobservancia. El deseo que sus padres manifiestan de verle, abrazarle, etc., no debe ser muy ardiente, porque es totalmente nuevo. Su padre me dijo a mí que no quería verlo más; que cuanto más lejos estuviera, más a gusto estaría: no son quizá las mismas palabras, pero tienen el mismo sentido. En cuanto al fondo de sus quejas, fácilmente podrá usted juzgar de ellas. Es molesto que hayan llegado hasta Saint-Hippolyte, y que se les conceda algún fundamento³⁵.

³² Véase *Esprit de notre fondation*, III, n. 251.

³³ Secretario del P. Chaminade.

³⁴ *Positis ponendis*.

³⁵ Para explicar el desatino del sr. Fridblatt, que llegó a ser uno de los más fervientes y generosos religiosos de la Compañía, es preciso recordar que había sido estudiante en las universidades de Alemania, y había entrado en Saint-Remy «con uniforme de estudiante, con sus llamativas botas y sus dos pistolas en las caderas» (Recuerdos del P. Meyer). Aunque hizo un «recio noviciado» en Burdeos, el fondo de la naturaleza del azaroso estudiante reapareció bajo la influencia de los disturbios de 1830, y solo más tarde, en 1839, el sr. Fidblatt, tras la lectura de la gran carta del Fundador sobre el voto de

2º P. Bouly – No tengo nada que decir respecto a lo que se ha determinado; menos todavía tengo que decir sobre la reflexión con la que usted termina el tema... *Ya ve usted a dónde nos llevan sus desconfianzas*: no tengo más que armarme de paciencia.

3º Sr. Étignard. – Respondo a su nota incluida en la carta de usted, y aprovecho la observación que me hace sobre él.

4º Nuestros postulantes alsacianos. – Creo que a sus padres les agradaría verlos: está en la naturaleza humana; pero los considero, en general, lo suficientemente juiciosos como para privarse de ese gusto, si se les dan las buenas razones que hay que darles, razones que hay que poner al alcance de cada uno y que es bueno que se las den sus propios hijos. Si ellos mismos no las aceptasen con gusto, sería un mal augurio. – Tienen que tomar el aire, añade usted. – ¡Reconocerá que en Saint-Remy hay bastante aire para tomar, por poca capacidad que se tenga de recibirlo! La propuesta que hace el P. Meyer, de acompañarles en este viaje a pie, puede disminuir los inconvenientes pero no los elimina del todo, primero por los inconvenientes para él mismo, la pérdida de tiempo, las pérdidas para todos, etc.

Voy a detenerme aquí, mi querido hijo; creo que he respondido a todos los puntos de su carta; deseo que la presente le encuentre con la suficiente tranquilidad para ver lo que he querido decirle. Añadiré solo una palabra sobre una observación que he dejado pasar. Usted dice que «el álgebra le ha costado más que ninguna de las otras ciencias de las que se ha ocupado hasta ahora». Las dificultades que le ha presentado el álgebra pueden ayudarle mucho a conocer el temple de su espíritu.

Le abrazo con mucho cariño, mi querido hijo, y le deseo con toda mi alma la paz del Señor.